



Joaquín Calvo-Sotelo

Tánger

Comedia en tres actos

Esta comedia fue estrenada el día 13 de diciembre de 1945 en el Teatro Infanta Isabel, de Madrid.

PERSONAJES

LILY.
MAMÁ.
ADELINA.
NATI.
JULIA.
ALFONSO JUNQUERA.
FONSI NADAL.
DON JESÚS.
POLICÍA.
CONSERJE.
CAMARERO.

TEJEMÁN.
RAMÓN.
EMPLEADO.
MOZO DE RESTAURANTE.

Acto I

La escena representa el salón de estar de un hotel de verano. Es mayo nada más. El hotel se encuentra desanimado todavía. Un algo imperceptible produce la sensación de que, tanto el mobiliario como las dependencias, se hallan en una situación de espera. Ahora no ha comenzado la temporada todavía; pero se presiente ya.

En el momento en que se levanta el telón es de día: La oficina de recepción no se ve, pero se supone muy próxima. Al foro, hay dos salidas a derecha e izquierda. En el centro, unos cuantos butacones y unas mesitas como para tomar café. En primer término, a la izquierda, una cabina para el teléfono. A la derecha, en el centro, una puerta grande que comunica con otro recibimiento. DON JESÚS, un caballero de edad indefinible, despacha su correspondencia. Al comenzar la acción se levanta y toca el timbre. Casi instantáneamente aparece un CAMARERO, de frac. Muy importante: Derecha e izquierda son las del espectador.

DON JESÚS.- (Sorprendido.) ¡Caramba, qué prontitud! ¿Usted estaba avisado?

CAMARERO.- ¿De qué?

DON JESÚS.- De que le iba a llamar.

CAMARERO.- No, señor.

DON JESÚS.- Pues entonces no he visto un hotel mejor servido que éste.

CAMARERO.- Lo que no ha visto el señor es un hotel más vacío.

DON JESÚS.- Ah, ya.

CAMARERO.- Si estuviéramos en agosto usted podría llamar diez minutos al timbre sin resultado.

DON JESÚS.- Pues hoy andaba gente por aquí.

CAMARERO.- Sí, es que hay una boda y el hotel ha organizado la merienda.

DON JESÚS.- Bien, bien.

CAMARERO.- ¿El señor me llamaba para...?

DON JESÚS.- ¿Tienen postales de la ciudad?

CAMARERO.- ¿No le gustan las que le traje antes?

DON JESÚS.- Sí, pero las quería impresas.
CAMARERO.- ¿Cómo impresas?
DON JESÚS.- Sí, con su texto y todo.
CAMARERO.- Pues... la verdad...
DON JESÚS.- Mire usted. (Le enseña una.) Esta fotografía de la playa, me parece muy bien. Lo que yo le preguntaba es si no tienen postales que traigan escrito ya en el dorso lo que se pone siempre en ellas.
CAMARERO.- Ah, ya...
DON JESÚS.- Que ya sabe usted qué es lo que se pone.
CAMARERO.- Sí, sí...
DON JESÚS.- «Desde esta ciudad maravillosa te envía un fuerte abrazo, tu siempre, amigo...». ¿Eh?
CAMARERO.- Claro, claro...
DON JESÚS.- ¿Y qué? ¿Hay o no hay?
CAMARERO.- Pues mire usted: la verdad, no.
DON JESÚS.- ¡Qué contratiempo!
CAMARERO.- Pero lo que puedo hacer, si a usted le interesa, es escribírselas yo y usted las firma.
DON JESÚS.- Ah, muy bien.
CAMARERO.- Pues deme usted las que quiera y yo...
DON JESÚS.- Veintidós.
CAMARERO.- Perfecto.
DON JESÚS.- Estos son los nombres a quienes hay que dirigirlos. (Saca del bolsillo de la chaqueta un manojo de postales.)
CAMARERO.- Pero éstas son postales también...
DON JESÚS.- Sí, claro; éstas son las que recibí hace unos meses de unos cuantos amigos a los que quiero corresponder ahora.
CAMARERO.- (Lee.) «Desde esta ciudad maravillosa te envía un fuerte abrazo, Rafael Alcáinez». Muy bien... Desde esta ciudad maravillosa te envía un abrazo muy apretado tu siempre amigo, Javier Nardiz». O sea, que yo pongo los nombres de estos señores... y...
DON JESÚS.- Si usted me guarda el secreto le diré que yo he venido de Madrid para poder contestarles.
CAMARERO.- ¿Y, por qué no vino usted en agosto?
DON JESÚS.- Porque en agosto todos están aquí.
CAMARERO.- Es verdad... Bueno, pues no se preocupe usted que yo le aliviaré en su trabajo.
DON JESÚS.- Muchas gracias.

(El CAMARERO se sienta en la mesita escritorio y comienza su tarea. Entre tanto, DON JESÚS va a la cabina telefónica.)

Óigame, conserje, la conferencia que pedí con Madrid desde mi cuarto, ¿van a dárme la pronto?
CONSERJE.- (Se oye una voz desde dentro.) Sí, sí... muy pronto, cuestión de minutos. ¿No va a estar el señor en el hotel?
DON JESÚS.- Sí, sí, claro que sí. Pero me aburre mucho hablar yo mismo. ¿Le importará a usted celebrarla en mi nombre?
CONSERJE.- Como el señor guste.

DON JESÚS.- Mire usted: es con mi mujer y usted ya sabe lo que son estas conferencias y lo que se dice en ellas.

CONSERJE.- Imagínese: treinta años de conserje.

DON JESÚS.- Bueno, pues entonces no hace falta que yo le explique más cosas.

CONSERJE.- ¿Cuántos minutos desea el señor que consuma?

DON JESÚS.- Si puede despachar en tres mejor que en seis, y si puede en seis, mejor que en nueve, ¿comprende?

CONSERJE.- Vamos a ver cómo distribuyo el tiempo... Minuto y medio para repetir cosas como estas: ¡No oigo bien! ¡Más alto! ¡Ahora va mejor! ¿Qué sucede que interrumpen la comunicación?

DON JESÚS.- Muy bien.

CONSERJE.- Un minuto para contar el viaje.

DON JESÚS.- De acuerdo. O dos, si usted quiere, porque va a ir la cosa un poco apretada.

CONSERJE.- La línea la conozco a la perfección, o sea, que sí puedo hablar cuanto guste.

DON JESÚS.- Se lo agradeceré mucho. Y el resto para despedirse. (Confidencial.) Ah, óigame... Yo la llamo Chichita...

CONSERJE.- ¿Cómo dice usted?

DON JESÚS.- Chichita.

CONSERJE.- Deletréelo, haga el favor.

DON JESÚS.- (Muy tierno.) C de canario, hache de humo, i de índice, c de canario, hache de humo, i de índice.

CONSERJE.- ¿Pero, por qué repite usted?

DON JESÚS.- Es que son dos sílabas iguales. Chi, primero, y chi, después.

CONSERJE.- Ah, ya...

DON JESÚS.- T de tálamo y á de almirante.

CONSERJE.- Ah, chichita...

DON JESÚS.- Exactamente.

CONSERJE.- (Con suficiencia.) Como la señora del 204...

DON JESÚS.- Sí, Sí... es posible... «Nihil novum sub sole...».

CONSERJE.- ¿Cómo dice usted?

DON JESÚS.- «Nihil novum sub sole...».

CONSERJE.- Deletree, por favor...

DON JESÚS.- N de naranjas, i de índice, h de humo...

(El CONSERJE aparece por la lateral izquierda, Es un conserje ataviado a la usanza general en los hoteles de lujo. Levitón azul o marrón. Cuello de pajarita y corbata negra de nudo. Trae un papel y un lápiz en la mano. El CAMARERO continúa impertérrito su labor. El CONSERJE, con el aire más natural del mundo, se acerca a DON JESÚS, que sigue al teléfono.)

i de índice, l de Lugo...

CONSERJE.- A ver, a ver...

DON JESÚS.- Déjeme, no me interrumpa...

CONSERJE.- Es que creo que, directamente, me explicará mejor...

DON JESÚS.- ¡Cállese, caramba! (Al teléfono.) N de naranjas, o de

opinión, v de ventolera... (Se detiene.) ¡Ah!, ¡si es usted!
(Cuelga.) Nihil novum sub sole... Nihil novum sub sole...
CONSERJE.- ¡Oh! ¿Parlez-vous français? Perdón, perdón...
DON JESÚS.- No, no. Quería decirle que no hay nada nuevo bajo el
sol.
CONSERJE.- C'est vrai, monsieur.
DON JESÚS.- Y que nada tiene de extraño que la señora del 204, se
llame Chichita como la mía...
CONSERJE.- Ah, sí, sí... entendido...
CAMARERO.- La firma, señor.

(Se pone en pie y le ofrece su asiento. Él se sitúa a su lado y
prepara el secante.)

DON JESÚS.- Muchas gracias. (Se sienta y comienza a firmar.)
«Desde esta ciudad maravillosa te envía un abrazo...». Justo, justo,
es lo que yo deseaba. (Al CONSERJE.) Entonces, ya queda usted
impuesto; ¿verdad, Conserje...?
CONSERJE.- Sí, señor.
DON JESÚS.- ¡Ah! Es casi fatal que le dé cuenta de algún catarro de
los pequeños. Ya imaginará usted lo que ha de contestar. Bah, bah,
cosas de niños...
CONSERJE.- (Sin perjuicio de apuntarlo.) Me lo suponía, señor.
DON JESÚS.- Y mil gracias...
CONSERJE.- Por Dios, señor...

(Va a hacer mutis por la lateral izquierda, de la que surgió. En
este instante aparece por ella ALFONSO JUNQUERA. Es un hombre
apuesto, pero viene en un estado lamentable. Barba negra y
abundante. No lleva corbata. En el traje le queda alguna
supervivencia de uniforme. Concretamente, el cinturón, del que
pende, aunque vacía, la funda de la pistola. En la mano trae un par
de bombas de piña. Tal es su aspecto que el CONSERJE
instintivamente, levanta los brazos al verle, como si se rindiera.)

ALFONSO.- ¡Ja! ¡Ja! (Desdeñoso.) Usted ha visto demasiadas
películas del Oeste, ¡Ja! ¡Ja!

(Al escucharle, DON JESÚS y el CAMARERO reproducen la actitud del
CONSERJE.)

Y ustedes también. ¡Lo que es el cine! Daría cualquier cosa por
saber lo que pasaba en estos casos, antes de que se inventara el
cine. ¡Bajen, bajen esas manos! No soy Al Capone... (Se sienta,
con aire fatigado, en un sillón.) A ver quién me ofrece un
cigarrillo.

(DON JESÚS no fuma. El CONSERJE y el CAMARERO se consultan con la mirada. El CONSERJE, al fin, le entrega uno.)

CONSERJE.- Tome usted.

ALFONSO.-

(Como poseso.) De hebra... ¡Dios mío: de hebra...!

(Avanza unos pasos. Parece en actitud de cantar una romanza. En todo caso, lo que no puede dudarse es que va a hacer un canto al tabaco de hebra.)

«¡Hebra! Divino don que a los mortales
de nostalgias alivias y de males...
Oh, tabaco viril para hombres hecho,
para hombres machos y de pelo en pecho.
Oh, tabaco canario, afro cubano
y de Fernando Poo, no de Virginia
tu aroma impar encenderé en mi mano...».

DON JESÚS.- (Ya repuesto y aproximándosele.) ¿Sabe usted también el canto a la mujer española? Es de la misma obra...

ALFONSO.- (Traspuesto.) Calle, calle... (Huele el cigarrillo casi con lágrimas en los ojos.) ¡Una cerilla, pronto, una cerilla!

CONSERJE.- (Se lo enciende.) Servido, señor...

ALFONSO.- (Se repantiga sibaríticamente en el sillón. Da dos o tres chupadas fuera de este mundo.) ¡Ah... Dulce y calumniada Arrendataria! ¡Dios te bendiga...! (Pausa.) ¿No han traído aún mis ametralladoras...?

CONSERJE.- (Sin darle importancia.) No, señor. (Percatado repentinamente de lo anómalo de la pregunta.) ¿Cómo ha dicho usted?

ALFONSO.- Las ametralladoras, amigo.

VOZ.- (Desde dentro.) ¿Dónde pongo esto, señorito?

ALFONSO.- Ah, ahí están. (Al CONSERJE.) Haga el favor de recogerlas.

(Sale y entra. El CONSERJE hace mutis y regresa casi en el acto. Da muestras de estar poseído por un miedo espantoso.)

CONSERJE.- Óigame, señor... ¿Qué pretende usted?

ALFONSO.- Nada, hombre, no se asuste. Les falta el cierre.

CONSERJE.- ¿Pero usted qué intenta?...

ALFONSO.- Nada. Son un recuerdo de mi vida durante estos últimos años.

CONSERJE.- Sí, pero usted comprenderá que...

ALFONSO.- ¿Ve usted su poder militar? Pues es aún más fuerte su poder evocador. Bien: no insistamos. ¿No tengo derecho a llevar equipaje?

CONSERJE.- Sí, eso sí.
ALFONSO.- Pues que suban mi equipaje a la habitación.
CONSERJE.- Ah, ¿pero pretende usted tener habitación?
ALFONSO.- Naturalmente.
CONSERJE.- Siento decirle que no la hay, caballero.
ALFONSO.- ¡La hay! Sólo que usted me la niega por mi aspecto.
CONSERJE.- No, es que...
ALFONSO.- (Imperativo.) ¡Confiéselo...! Si yo hubiera llegado hasta aquí en un coche con polvo de seiscientos kilómetros de carretera...
CONSERJE.- Ah...
ALFONSO.- Y hubiera descendido del coche con mis gafas, mi gorra de visera, mi chófer negro, una francesa rubia a mi lado y dos perros (Con voz de trueno.) , ¿tendría habitación o no?
CONSERJE.- Entonces...
ALFONSO.- Y sin necesidad de tanto, porque al fin y al cabo estamos en mayo nada más; si yo hubiera llegado afeitado, con corbata y con una maleta bien tatuada de etiquetas, ¿tendría habitación o no?
CONSERJE.- Dice usted unas cosas...
ALFONSO.- Y más sencillo aún: si yo hablara con acento inglés, ¿tendría habitación o no?
CONSERJE.- Hombre...
ALFONSO.- (Con acento inglés.) Mi deseag habitación exteriorges... (Finge calzarse el monóculo.)
CONSERJE.- (Muy alegre.) Do you speak english?
ALFONSO.- Oh, yes... ha dicho la numegó goscientos, ¿verdag?
CONSERJE.- (Mecánicamente.) Sí. Yes, sir.

(Y hace mutis, en plenitud de oficio, abriéndole paso por la derecha del foro. En este instante asoma una CAMARERA por la puerta de la lateral derecha. Lleva en el brazo un traje recién acabado de planchar. ALFONSO se dirige a ella. Aparenta examinarlo.)

ALFONSO.- ¿Lo concluyeron ya?
CAMARERA.- Sí, señorito.
ALFONSO.- Cómo, ¿habitación cincuenta dos? No, no, estoy en la doscientas. Llévelo ahora mismo.

(El CAMARERO hizo mutis tras el CONSERJE. Está solo en escena DON JESÚS, que ha contemplado todo lo sucedido con asombro menor del esperado. Ahora, ALFONSO parece decidido a seguir a la CAMARERA, que desaparece a su vez por el foro derecha. En el umbral de la escena se dirige a DON JESÚS y se inclina ante él reverentemente. Va a marcharse también, pero DON JESÚS le detiene.)

DON JESÚS.- Óigame, señor...
ALFONSO.- Le escucho.
DON JESÚS.- (Con una simpática e invitadora humildad.) ¿Por qué

no me cuenta usted algo?...

ALFONSO.- ¿De qué?

DON JESÚS.- De esto que pasa aquí.

ALFONSO.- Le parece extraño, ¿no?

DON JESÚS.- Pues sí, un poco.

ALFONSO.- A mí desde hace muchos años no me pasa nada normal.

DON JESÚS.- ¡Caramba!

ALFONSO.- Me casé en el año 34.

DON JESÚS.- ¿Se inicia así su anormalidad?

ALFONSO.- No. (Transición.) Ah, créamelo. Yo he sido un hombre dichoso con mi mujer. Sólo sus celos...

DON JESÚS.- Ah...

ALFONSO.- Sí, era celosa. Pero eso no cuenta. Hace cosa de dos años tuve necesidad de hacer un viaje a Buenos Aires para arreglar unos asuntos de la familia de ella. Embarqué en Bilbao. (Subrayado.) En el «Estrella del Atlántico».

DON JESÚS.- Estrella del... Que lo torpedearon, ¿no?

ALFONSO.- Exactamente.

DON JESÚS.- Pero desaparecieron todos los que iban en él.

ALFONSO.- Así fue: se ahogaron todos.

DON JESÚS.- ¿Y usted cómo se salvó?

ALFONSO.- Porque era el único que sabía alemán.

DON JESÚS.- Ah, ya.

ALFONSO.- Gracias a eso pude explicar a los del submarino lo que me pasaba. Entonces me recogieron.

DON JESÚS.- ¿Y los demás?

ALFONSO.- No sabían alemán.

DON JESÚS.- Caramba, caramba, ¡qué novela!

ALFONSO.- Yo he hecho la campaña submarina en el U-35.

DON JESÚS.- ¿Y cómo no le desembarcaron?

ALFONSO.- ¿Dónde? ¡Si nos aprovisionábamos en el Japón...! No, no, era imposible.

DON JESÚS.- ¿Y ahora...?

ALFONSO.- Ya acabada la guerra, el U-35 vuelve a sus bases. Y su capitán ha sido tan amable que, como les cogía de paso, me han desembarcado en Zarauz. Y eso es todo. Mire usted mi fotografía a bordo.

DON JESÚS.- Muy bien...

ALFONSO.- Me llamo Alfonso Junquera y soy ingeniero. Ya conoce usted mi ficha.

DON JESÚS.- Mi nombre es Jesús Garona.

ALFONSO.- Encantado. (Se dan los dos la mano afectuosamente.)

DON JESÚS.- Y usted se queda aquí, ¿vive aquí?

ALFONSO.- No, no; voy a Madrid, apenas pueda. Me pasa una cosa muy curiosa. Creen que he muerto.

DON JESÚS.- Es natural que lo crean.

ALFONSO.- Ayer me crucé con un compañero mío de Barcelona, que va a Burdeos. Se quedó de una pieza al verme. Me dijo que había asistido a mi funeral.

DON JESÚS.- Qué vida ésta.

ALFONSO.- Ah, solemnísimo, ¿sabe? Lo presidió el ministro de Obras Públicas. (Ante un gesto de DON JESÚS.) Sí, sí, como yo soy ingeniero y dependo de ese Ministerio...

DON JESÚS.- Claro, claro...

ALFONSO.- Por otra parte, creo que han dado mi nombre al nuevo puente sobre el Nalón. Puente Junquera. (Suficiente.) Claro..., lo proyecté yo... Voy a abrazar a mi mujer mañana mismo; unas horas para estar con ella, y enseguida a ver el puente.

DON JESÚS.- Tendrá usted interés, como es lógico...

ALFONSO.- Imagínese. Lo dejé hecho un niño. Ahora le pasa ya el ferrocarril.

DON JESÚS.- Qué alegría se van a llevar.

ALFONSO.- ¿Quiénes?

DON JESÚS.- Su mujer y el puente.

ALFONSO.- Mi mujer no sabe nada.

DON JESÚS.- Pero hombre...

ALFONSO.- He buscado manera de telefonarla. No doy con ella. Cuando llamé a casa de unos parientes y dije quien era, oí unos gritos de espanto; me dijeron que, a juzgar por mis bromas, debía ser un perfecto miserable, y colgaron. Decidí en vista de todo ello, presentarme allí sin más anuncio. Salgo en el tren de las ocho.

DON JESÚS.- Ah, qué bien. Haremos el viaje juntos.

ALFONSO.- Por cierto, usted podría prestarme un gran servicio.

DON JESÚS.- Dígame.

ALFONSO.- (Le muestra su atavío.) Ya es tarde para comprar nada por esas tiendas. Mi compañero me dio un poco de dinero, nada más para el billete y algunos gastos imprescindibles. ¿No tendría usted una corbata; una camisa, una máquina de afeitar?...

DON JESÚS.- Claro está que sí, hombre. Vamos a la habitación. Ah, y óigame: ¿para qué viaja usted en pie de guerra?

ALFONSO.- (Juguetea.) Son unas bombas de mano, pero están descargadas, no se preocupe. Mire usted. Las llevo un poco como recuerdo y otro poco para justificar ante mi mujer mi ausencia de estos años. ¡Es tan celosa! Sería capaz de imaginarse que todo había sido un pretexto mío para faltar de casa.

(En este momento se oye de la lateral derecha ruido de unas risas y de unos aplausos lejanos.)

¿Qué sucede ahí?...

DON JESÚS.- No sé, una fiesta...

ALFONSO.- Con todo y con eso, yo le aseguro a usted que tengo una ilusión enorme de volver a verla. Mañana, al fin; ¡mañana!

(Transición.) Bueno, qué; ¿vamos hacia la habitación?

DON JESÚS.- Vamos, sí.

(En este instante suena el timbre del teléfono de la cabina.)

Espere un momento. (Toma el aparato.) ¿Quién? ¿Ah, la conferencia con Madrid? Ah, muy bien, muy bien... La casa del señor Garona, ¿no?

Aguarde, aguarde un segundo...

(Se asoma al exterior en el mismo momento que el CONSERJE cruza de derecha e izquierda.)

¡Eh!, conserje. Haga el favor. (Sigilosamente.) Mi mujer al habla.
CONSERJE.- Perfecto. No se preocupe. (Toma el aparato y se encierra en la cabina.) ¡Chichita! ¡Chichita!... ¿qué sucede que no se oye nada? Más alto, sí, más alto.

(Cierra la puerta. ALFONSO pone un gesto de estupor. En unión de DON JESÚS, desaparece por el foro derecha. Simultáneamente surgen por la lateral derecha ADELINA y JULIA; son las dos jóvenes y lo más bonitas que se pueda.)

ADELINA.- ¿Qué te pasa, Julia? ¿Estás de mal humor?

JULIA.- Me he cansado de asistir a las bodas de las demás.

ADELINA.- ¿Quieres asistir sólo a la tuya?

JULIA.- Y a ninguna otra antes, salvo a la tuya.

ADELINA.- Muchas gracias, mujer. Si este verano tuviéramos suerte y encontráramos quién nos llevara al altar...

JULIA.- Tú qué crees, ¿que nos casaremos con alguien que conocemos ya, o con alguien que no conocemos todavía?

ADELINA.- Yo, hasta ahora, no he conocido a nadie con aire de casarse conmigo. O me quedo soltera o me caso con alguien que no conozco aún.

JULIA.- Pues esto de que tú o yo conozcamos gente nueva, sobre todo antes de mediados de julio, es bastante difícil.

(Por la lateral derecha aparece RAMÓN. Es, también, joven. Viste con cierta provinciana distinción.)

RAMÓN.- ¿Por qué os habéis venido aquí? ¿Os pasa algo? El novio parece muy simpático. Ha recitado unos versos que son una preciosidad. Ha contado cómo la conoció a ella.

ADELINA.- Eso, en prosa, se lo hemos oído ya hasta el infinito. (A JULIA.) Lily: ahí tienes un caso de vocación para el matrimonio. Yo creo que, claro, la suerte influye; pero que si una está decidida a casarse, lo consigue.

JULIA.- Pues si conoces alguien que esté más decidida que yo y más soltera...

RAMÓN.- Señor, qué mujeres. Siempre pensando en casarse.

ADELINA.- ¡También tú eres gracioso! ¿Pues en qué quieres que pensemos?

RAMÓN.- Pues, qué sé yo... En la casa, en los hijos...

ADELINA.- Bueno, pero antes de pensar en los hijos parece natural que pensemos en el marido, ¿no?

RAMÓN.- Dedicados a la política, qué caramba.

ADELINA.- Eso, si no nos casamos.

RAMÓN.- Haced deporte.

ADELINA.- La vuelta a la Alameda significa kilómetro y medio. Con buen tiempo, damos quince vueltas diarias a la Alameda. Ya es deporte.

RAMÓN.- Pues estudiad, qué demonio.

ADELINA.- En fin... Casamiento y mortaja...

(En este momento, el CONSERJE, del que se han oído algunas voces guturales durante la conversación de ADELINA y JULIA, abandona el teléfono. Camino de su emplazamiento habitual, toma unas apuntaciones.)

CONSERJE.- Ajajá. Despachado en tres minutos justos.

(DON JESÚS aparece por la lateral derecha.)

¡Ah, don Jesús!

DON JESÚS.- Qué, listo todo, ¿no?

CONSERJE.- Sí, señor. Uno de los niños, en efecto, con catarro.

DON JESÚS.- ¿Qué ha contestado usted?

CONSERJE.- Lo que usted me dijo: cosas de chiquillos.

DON JESÚS.- Muy bien, muy bien. (Le entrega una propina.)

CONSERJE.- Muchas gracias. (Hace ademán de retirarse.)

DON JESÚS.- Óigame, amigo.

CONSERJE.- Dígame.

DON JESÚS.- (Confidencial.) ¿Qué hay que ver en esta ciudad?...

CONSERJE.- El Museo de Arte Regional.

DON JESÚS.- ¿Está bien eso?...

(El CONSERJE silba, con un tono ponderativo.)

¿Y qué más, qué más?...

CONSERJE.- La iglesia de Santa Clara. Siglo catorce.

DON JESÚS.- ¿Qué me dice?

CONSERJE.- Lo que usted oye. Siglo catorce.

DON JESÚS.- Perfectamente. ¿Qué me llevaría usted por ver eso por mí?

CONSERJE.- Por enseñárselo, querrá decir.

DON JESÚS.- No, no; por verlo en mi nombre.

CONSERJE.- Al Museo, una ojeada rápida, ¿no?

DON JESÚS.- Sí, salvo si hay algún Greco.

CONSERJE.- No; ayer no lo había.

DON JESÚS.- Bueno, pero pueden haberlo puesto esta noche...

CONSERJE.- Por veinte duros estoy dispuesto a verlo todo. Hasta las ruinas del anfiteatro.

DON JESÚS.- Conforme. Tome usted. (Le entrega una cantidad.)

Cuando voy a una ciudad me gusta enterarme de todo.

(LILY aparece por la lateral derecha. Es una mujer guapísima. Trae un elegantísimo traje sastre de viaje. Lleva en la solapa unas flores, evocación de su ramo de desposada. ADELINA, JULIA y RAMÓN se ponen en pie.)

RAMÓN.- ¡Viva la novia!...

ADELINA y

JULIA.- ¡Vivaaa!...

LILY.- No seáis bobas. Ah (Con relación al CONSERJE.) , aquí está mi hombre. ¡Conserje!

CONSERJE.- Señorita.

(DON JESÚS se hace a un lado y, a los pocos segundos; desaparece por el foro derecha.)

LILY.- Vamos a ver: ¿para dónde le mandó reservar habitaciones el señor Nadal?

CONSERJE.- Señorita: me prohibió que le informara a usted.

LILY.- Yo le prometo que no le decirle por quién me he enterado.

CONSERJE.- Bueno, pues para el hotel Minzah, de Tánger.

LILY.- (Llena de alegría.) Ay, Dios mío; la ilusión de mi vida.

Ir a Tánger. Este Fonsi es un cielo. Muchas gracias, Conserje.

CONSERJE.- De nada, señorita.

ADELINA.- ¿Qué te pasa, mujer, que estás tan contenta?

JULIA.- Que se ha casado, ¿te parece poco?

ADELINA.- No, no; de algo se ha enterado ahora que le ha dado mucha alegría.

LILY.- Os lo voy a confesar. Fonsi no quería que yo supiera dónde íbamos en viaje de novios. Y yo acabo de enterarme.

ADELINA.- ¿Adónde te vas, Lily?

LILY.- A África, que es mi sueño dorado. Primero, a Tánger; después recorreremos, claro está, toda la zona: Tetuán, Xauen,

Alcazarquivir... Adelina: soy la mujer más dichosa del mundo, y lo único que os deseo es un marido para cada una de vosotras que valga lo que mi Fonsi.

ADELINA y

JULIA.- (Suspiran.) Ay, Dios te oiga.

NADAL.- (Desde la lateral derecha.) Lily, ¿qué haces?

LILY.- Voy, voy enseguida, mi Fonsi.

(Hace mutis por la lateral derecha. ALFONSO surge por el foro. Viene hecho otro hombre. Se ha puesto el traje usurpado, que, al parecer, le sienta bastante bien. Se ha afeitado la barba.)

CONSERJE.- Ah, ¿el señor tiene habitación?

ALFONSO.- (Picarescamente.) Soy el inglés de la doscientos.

CONSERJE.- (Sorprendido.) Ah, caramba, dispéñeme... No le

reconocía...

ALFONSO.- (Se pavonea de su aspecto.) ¿Ve usted cómo hubiera sido un error lamentable para el hotel no darme habitación?...

CONSERJE.- ¡Qué bromista es el señor!...

(Se va el CONSERJE, ADELINA y JULIA miran a ALFONSO expresivamente. ALFONSO no tarda en darse cuenta de la curiosidad que provoca, y que él retribuye con una leve sonrisa.)

RAMÓN.- (Al advertir este juego. A ADELINA y JULIA.) Fijaos si soy delicado y buen amigo. Me voy.

ADELINA.- Qué cosas tienes, Ramón...

(JULIA se ríe, RAMÓN se va.)

ALFONSO.- (Se acerca a ellas. Les muestra una fotografía.) ¿Qué les parece a ustedes esta fotografía?

(ADELINA y JULIA contemplan la fotografía.)

ADELINA.- ¿Su padre era marino?

ALFONSO.- Mi padre soy yo.

ADELINA.- Usted dispense.

JULIA.- ¿Y cuándo iba usted así, con esas barbas?

ALFONSO.- Hasta aproximadamente cinco minutos.

ADELINA.- ¡Qué simpático!

ALFONSO.- ¿En qué versión me prefieren?

ADELINA.- ¡Qué preguntas! En la afeitada.

ALFONSO.- Complacidas.

ADELINA.- ¿De qué verbena es esa otra?

ALFONSO.- Es una foto sacada de la vida misma, señoritas; nada de verbena.

JULIA.- Un voto ¿no?

ALFONSO.- Exactamente, un voto.

JULIA.- Jesús, qué hombre.

ALFONSO.- Un hombre, un voto: ¿dónde he oído yo eso? (Transición.)

Y ustedes, señoritas, ¿son de aquí?

ADELINA.- Sí; estamos de boda.

ALFONSO.- Ajá.

ADELINA.- Se ha casado un amigo nuestro. Alfonso Nadal: no sé si le conoce.

ALFONSO.- ¿Alfonso Nadal? (Sorprendidísimo y contentísimo.)

ADELINA.- Sí.

ALFONSO.- ¿Pero es posible?...

ADELINA.- ¿Por qué no había de serlo?...

ALFONSO.- ¡Anda, demonio! ¿Y está aquí?

ADELINA.- Naturalmente. La boda ha sido a las cuatro. ¿Quiere

verle?

ALFONSO.- ¡Claro que sí! Espere, espere... Voy a darle una broma.
¿Me ayudan?

JULIA.- Sí, sí... ¡Qué divertido!...

ADELINA.- ¿Pero, entonces, usted no está invitado a la boda?

ALFONSO.- No, no, ni mucho menos. Alfonso es de los que creen que yo no existo.

ADELINA.- (Un poco inquieta.) ¿Que dice usted?...

ALFONSO.- Sí, sí... Ya verán lo que nos vamos a reír. Alfonso es un arquitecto compañero mío de colegio; y el tal Alfonso supone que yo, por determinadas circunstancias, pues... que no existo, vamos.

JULIA.- ¿Nos lo contará todo después?

ALFONSO.- ¡Ya lo creo! ¿Qué podríamos hacer?... Ah, ya está. ¡El teléfono! Yo le voy a llamar a éste desde la centralilla. Perfecto.

JULIA.- Eso: así le oímos a él.

ADELINA.- Bueno...

ALFONSO.- ¿Por qué no le avisan ustedes mismas?

ADELINA.- ¿Y de parte de quién le decimos?...

ALFONSO.- (Después de pensarlo.) ¿De quién podría ser?... Ah, ya está... De la Agencia de Coches Camas. La llamada es de lo más lógica, tratándose de un recién casado. Hasta ahora mismo.

(Se va, muy contento, por la lateral izquierda: ADELINA y JULIA aprovechan su marcha para arreglar su «toilette». Al sorprenderse la una a la otra en esos menesteres, se ríen comprensivamente.)

ADELINA.- Chica, ¡qué maravilla de hombre!

JULIA.- Es de los que arrastran. ¡Qué guapo!...

ADELINA.- Y qué simpático.

JULIA.- (Patética.) ¿Para quién será, Adelina?...

ADELINA.- (Fatalista.) Para quien Dios disponga.

(Suena el teléfono de la cabina.)

El teléfono; anda, vete a avisar a Nadal. (Ella va al teléfono, muy insinuantemente.) ¿Quién es?... Ah, la Agencia de Coches Camas... ¿Preguntan por el señor Nadal?... ¿Quién está al aparato? ¿Un empleado?... No, no me choca nada. Pero ¡qué bien timbrada tienen la voz los empleados de coches camas!... Calle, calle... Usted me parece de los más viajados... Sí, al parecer se trata de unos novios. Huy, qué disparates... Aún falta mucho antes de que yo les pida que me reserven las mías. (Transición. Cómplicemente.)

¡Cuidado! Aquí está el señor Nadal.

NADAL.- Muchas gracias por tu aviso, Julita. Eres muy simpática.

ADELINA.- (ADELINA ha soltado el teléfono y le dice, aclaratoriamente.) De la Agencia de Coches Camas.

NADAL.- ¿Qué me querrán?...

ADELINA.- Estas lunas de miel, que cuesta mucho organizarlas...

JULIA.- (A RAMÓN, que ha entrado con ella.) Ya verás qué broma

tan divertida. No pierdas palabra.

RAMÓN.- ¿Sí?...

ADELINA.- Psch...

(Los tres se disponen a escuchar atentamente. NADAL entra en la cabina y, aunque medio la cierra, su voz se oye con toda claridad.)

NADAL.- ¿La Agencia de Coches Camas?... Ah, no, perdone... Me habían dicho...

(Brote incontenible de risa en ADELINA y en JULIA.)

¿Quién es entonces? No, no le conozco, ni es mi obligación.

(Abre la cabina un poco más para que disfruten de su ingenio ADELINA y JULIA.)

No estamos en Carnavales...

(Nuevas risas en las dos.)

Bien, bien, un viejo amigo. De acuerdo... ¿Eh? ¿Cómo?

(Se cae redondo. La puerta de la cabina se abre enteramente con el golpe. El teléfono, como un péndulo, oscila de derecha a izquierda. RAMÓN, JULIA y ADELINA se precipitan hacia NADAL, y pretenden incorporarle, sin gran éxito. RAMÓN busca la ayuda, del CONSERJE.)

RAMÓN.- (Se asoma al foro izquierda.) ¡Conserje! Haga el favor, venga enseguida.

(El CONSERJE aparece en el acto.)

CONSERJE.- ¿Qué le pasa al señor Nadal?

RAMÓN.- Nada, nada.

ADELINA.- Que no se vaya a enterar Lily.

JULIA.- Sí, sí. (Al CONSERJE.) Por Dios, cierre esa puerta. O eche las cortinas.

CONSERJE.- Sí, sí... (La obedece.)

RAMÓN.- (Al CONSERJE también.) Traiga un poco de agua. Haga el favor.

CONSERJE.- Inmediatamente.

RAMÓN.- (A ADELINA y a JULIA.) La broma ha sido una delicia, ¿eh? De primer orden.

ADELINA.- Calla, por Dios; ¡qué disparate! ¿Qué le habrá dicho ese hombre?...

JULIA.- Vamos, Nadal, vamos; por favor...

RAMÓN.- Échame una mano. A ver si podemos sentarle ahí.

(Entre todos consiguen medio tumbarle en el sofá. Concluida su tarea, ADELINA va al teléfono.)

ADELINA.- Oiga, señor. Muy graciosa su broma. Pero el señor Nadal, su compañero de colegio, se ha desmayado. Sí, sí... (Cuelga con un cierto mohín de rencor.)

JULIA.- Alfonso, Alfonso... ¿Y el agua?

ADELINA.- ¿Qué? ¿Vuelve en sí? Sobre todo, por Dios, que no se le ocurra presentarse a Lily ahora.

RAMÓN.- Es poco probable. Me parece que la había sacado a bailar su padrino.

JULIA.- Alfonso, por Dios, Alfonso...

ADELINA.- Y ese Conserje, ¿dónde demonios habrá ido a buscar el agua?

RAMÓN.- Esto es alguna noticia que le han dado por teléfono y que seguramente le ha impresionado.

ADELINA.- Sí, así debe de ser.

(ALFONSO JUNQUERA surge precipitadamente por lateral izquierda. Al ver a NADAL, se dirige a él.)

ALFONSO.- Alfonso, Alfonso... Qué modelo de amigo... (Como si le explicara a todos los demás la causa de su desmayo.) Me imaginaba muerto, y al oírme... pues... claro... Ahora, la verdad; yo no creía que me quisiera tanto. Al contrario, siempre anduvimos un poco distanciados; pero... ¡Qué corazón de oro!... Alfonso, Alfonso... Siempre fue un sensitivo.

(El CONSERJE viene por el foro con un vaso de agua.)

ADELINA.- Traiga, por favor...

(El CONSERJE se la da.)

ALFONSO.- Espere un momento. ¿Cómo la utilizamos? ¿Como medicina de uso interno o de uso externo?

RAMÓN.- De uso externo, qué caramba.

(Coge el vaso y se lo vacía en la cara. NADAL vuelve inmediatamente en sí.)

ALFONSO.- Es la más eficaz.

(A la vista de ALFONSO, otra vez NADAL parece sentirse amagado por un nuevo desvanecimiento. Sin embargo, se hace el fuerte.)

¡Hola, Nadal! (Muy alegre.) ¿Qué hay, chiquillo?

NADAL.- Hola, hombre.

ALFONSO.- Perdóname... ¿eh? La verdad, no creí nunca que te iba a hacer tanto efecto mi broma... Uno no sabe nunca dónde tiene los amigos verdaderos... Se necesita volver del otro mundo para saberlo.

NADAL.- Y tú, ¿no habías perecido?

ALFONSO.- Ca, hombre; me salvó el submarino.

NADAL.- ¿Y cómo no escribiste?...

ALFONSO.- Jajá, ¡qué gracioso! Desde el Japón, ¿verdad?

NADAL.- Claro... (Amoscado.) Te reservabas para el teléfono, ¿no?

ALFONSO.- Alfonso, es muy largo de contar. Oye, dime, ¿qué sabes de los míos? ¿Has visto a mi mujer? ¿Qué tal está?

NADAL.- Muy bien.

ALFONSO.- ¿Y la tuya?

NADAL.- Igual.

ALFONSO.- Estoy deseando verla.

NADAL.- Perdóname un minuto...

(Se incorpora. Ya se encuentra recobrado y firme. Inicia el mutis por la lateral izquierda. Al CONSERJE, que se había marchado poco antes y que entra de nuevo en escena. Reservadamente.)

Traiga otro vaso de agua.

ALFONSO.- ¿Te vas?

NADAL.- Vuelvo enseguida. Es un instante.

(Hace mutis.)

RAMÓN.- Bueno; pasó el peligro. Ya podemos abrir las puertas...

¡Qué miedo si llegan a enterarse ahí dentro!

JULIA.- No quiero ni pensarlo.

ALFONSO.- Ustedes tienen que dispensarme. Creí que las invitaba a presenciar una escena regocijante y ha sido todo lo contrario. El hombre propone y Dios dispone.

ADELINA.- Bah, por nosotras no se apure.

RAMÓN.- El caso es que todo haya concluido en boda...

(Señala a la lateral derecha, se ríe como si hubiera hecho una gracia y se va. El CONSERJE llega con otro vaso de agua y lo deja en la mesita.)

JULIA.- ¿Para quién trae usted este vaso?

CONSERJE.- Lo ha pedido el señor Nadal.

ALFONSO.- (Alborozado.) Todavía no está enteramente repuesto de la impresión. ¡Qué previsor!

(El teléfono suena de nuevo. El CONSERJE va hacia él.)

CONSERJE.- ¿Quién llama? ¿Y quién es ese señor? Ah; sí... Conforme.
(A ALFONSO.) Le llaman a usted por teléfono.

ALFONSO.- ¿Quién?

CONSERJE.- El señor Nadal.

ALFONSO.- Voy en el acto. (Al teléfono ya.) ¿Qué hay, sardinita?

(A ADELINA y a JULIA.) Es su mote de niño. Oye, ¿mejor ya? Vaya, me alegro... Dime, dime... Sí, sí; han traído el agua. ¿Te la llevo a donde estés?... ¿Para mí? No tengo sed ninguna... (Se ríe.) Bueno, te escucho. ¿Cómo? ¿Es posible?

(ALFONSO sale de la cabina a dos pasos del síncope. Se apoya en la pared para no caerse. ADELINA y JULIA, al ver su palidez, se acercan a él con el vaso de agua en la mano.)

JULIA.- ¿Qué le sucede?

ADELINA.- Jesús, qué boda...

(JULIA va a tirarle el agua a la cara.)

ALFONSO.- Uso interno, por favor.

(Entonces, ALFONSO la bebe a pequeños sorbos.)

ADELINA.- ¿Se encuentra mal?

ALFONSO.- No, no...

(JULIA deja otra vez el vaso de agua en la mesita. Vuelve inmediatamente hacia ALFONSO. Ella y ADELINA le han cogido del brazo. ADELINA le da cariñosas palmaditas en el hombro.)

ADELINA.- Serénese.

ALFONSO.- Pidan dos vasos más de agua.

JULIA.- ¿Para usted?

ALFONSO.- No, no.

ADELINA.- Aquí cada uno pide agua para el siguiente. ¿Qué irá a pasar?

JULIA.- (Se asoma a la lateral izquierda.) Dos vasos de agua, por favor.

CONSERJE.- (Desde dentro.) ¿Dos?

JULIA.- Sí, Sí.

(Va otra vez hacia ALFONSO. Entre ADELINA y ella tienen de nuevo a ALFONSO. Ahora, con un aire un poco más alegre. Da cara a la lateral derecha. Es el momento en que aparece LILY. LILY, al ver a ALFONSO, se dirige hacia él, enfurecidamente.)

LILY.- ¿Conque flirteando, verdad?

(Es el primer impulso de unos atávicos celos. Pero, casi en el acto, se percata de que está vivo el marido que creía muerto.)

¡Ay!

(Dice en un tono dramático, y se desploma sobre ALFONSO, que cuidadosamente, la deposita en el sofá. El CONSERJE surge por la izquierda con tres vasos de agua y, sin sorprenderse ya, porque está dispuesto a no sorprenderse por nada, va hacia LILY.)

CONSERJE.- He traído tres, por si acaso. Como siempre faltan después.

(ALFONSO se ha sentado en el extremo izquierda del sofá. A su lado queda LILY. ALFONSO ve los vasos de agua.)

ALFONSO.- Deme uno. (Al CONSERJE.) El primero, para uso externo. (Le asperja el agua con la punta de los dedos.) Bien, déjeme el otro.

(El CONSERJE inicia el mutis. LILY aún no ha abierto los ojos.)

ALFONSO.- (A ADELINA y JULIA) Señoritas: ¿serían tan amables de dejarme a solas con Lily? Necesito hablar con ella...

ADELINA.- (Recelosamente, sin saber cómo interpretar todo aquello.) Sí, sí...

ALFONSO.- ¿Me haría, además, el favor de no decir nada ahí dentro?

JULIA.- Sí, sí..., cuente con ello.

ADELINA.- (Al borde del mutis, por la lateral derecha.) Una pregunta nada más.

ALFONSO.- ¿Qué?

ADELINA.- ¿Es usted el que se ahogó en el «Estrella del Atlántico»?

ALFONSO.- Sí.

(ADELINA, entonces, coge el tercer vaso y hace mutis bebiéndoselo.)

ALFONSO.- Lily.

LILY.- Te suplico...

(Intenta que beba un sorbo de agua. NADAL asoma por el foro derecho y, al darse cuenta de lo que sucede, se acerca al sofá y acaba sentándose a la derecha de ella.)

NADAL.- (Con un susurro.) Desmayada, ¿no?

ALFONSO.- ¡Bah! Poca cosa, Lily, Lily...

NADAL.- Ya parece que abre los ojos... Bichito; vamos, bichito...

ALFONSO.- ¿A quién está «usted» hablando? (Muy subrayado el usted.)

NADAL.- (Exculpatorio.) A Lily. Yo le llamo... bichito... (A LILY, más contento porque LILY se recobra visiblemente.) Bichito, bichito...

LILY.- (A NADAL, en cuyos brazos se refugia.) ¡Ay, Fonsi, qué mal sueño he tenido! Soñé que había visto a Alfonso... y, por añadidura, con dos mujeres...

NADAL.- (Gravemente.) ¿Por añadidura...?

LILY.- ¿Te imaginabas mi rabia?

NADAL.- Sí, me supongo... Pues, mira, ese sueño...

LILY.- ¿Qué? ¡No me asustes, Fonsi!

ALFONSO.- (En pie y tremante.) Si te asustas, como si no te asustas, me es igual. No estoy muerto, sino vivo, y por muchos años.

LILY.- ¡Ayyy! Pero ¿de dónde sales?

ALFONSO.- ¡Del fondo del mar!

NADAL.- (Aclaratorio.) Le salvó un submarino.

ALFONSO.- Pero más me hubiera valido perecer como todos. Explícame, si es que la cosa necesita ser explicada. ¿Te has vuelto a casar, no es cierto?

LILY.- Sí, hoy.

ALFONSO.- Muy bien ¡Y con Alfonso Nadal!

NADAL.- ¿Cómo he de interpretar ese tonillo? (Se pone en pie igualmente.)

ALFONSO.- ¡Como le parezca oportuno!

LILY.- Tiene razón, Alfonso. No sé por qué te diriges a él de esa manera. Es muy bueno.

ALFONSO.- ¿Cómo? ¿Qué oigo? ¿Te atreves a hacer su panegírico en mi presencia...?

LILY.- (Llorosa.) Pues claro que lo hago.

ALFONSO.- ¡Basta! ¿Esto quiere decir que estás enamorada de él?

NADAL.- ¿Es que usted cree que si no se hubiera casado conmigo?

ALFONSO.- Es inaudito...

LILY.- Pero, Alfonso, eso pasa siempre... Yo creí que tú ya...

ALFONSO.- ¡Buena ausencia me has guardado...! (A NADAL.) ¡Y yo que te nombré testigo de nuestra boda! Y tú lo fuiste, malvado. Pero lo que querías era ser protagonista. (Se dirige hacia él amenazadoramente.)

LILY.- Te prohíbo que le amenaces.

ALFONSO.- Bueno, concretemos: ¿tú le quieres?

LILY.- ¡Alfonso...!

ALFONSO.- Nada de rehuir la respuesta. ¿Sí o no?

LILY.- Verás; es que cuando tú (Busca un poco las palabras.)

desapareciste... Fonsi se portó muy bien conmigo...

ALFONSO.- ¿Fonsi? ¿Y quién es Fonsi? ¿Ese señor?

LILY.- Sí.

ALFONSO.- Has sido novia mía varios años; has estado casada otros más, y nunca se te ha ocurrido llamarme Fonsi. Me llamabas Alfonso, a secas.

LILY.- ¡Oh! Eso no debe enfadarte. Le llamaba Fonsi, puesto que su nombre es Alfonso, para distinguiros.

ALFONSO.- Bueno, dejemos eso a un lado. ¿Le quieres o no le quieres?

LILY.- (Ruborosa.) Sí; pero ahora... Yo no sé. ¡Dios mío!

NADAL.- Está usted torturando a esta criatura con su interrogatorio.

ALFONSO.- ¿Sí? Pues escuchadme. Vuestro matrimonio no es válido.

LILY.- No, si me quedaré sin ir a Tánger.

ALFONSO.- ¿Qué es eso de Tánger?

LILY.- (Lloriqueante.) Íbamos a ir a Tánger en viaje de boda.

Como tú no quisiste llevarme nunca...

ALFONSO.- De sobra sabes que por no tener tiempo disponible.

LILY.- Y yo, que quería ver Tánger...

ALFONSO.- (A NADAL.) ¿Usted la iba a llevar a Tánger?

NADAL.- Primero, a Tánger, y después a toda la zona española, para pasar a la francesa -Casablanca, Fez y Marraqués-, si nos autorizaban.

ALFONSO.- El itinerario me parece maravilloso.

LILY.- Pues ya se frustró todo.

ALFONSO.- No; no; nada de eso. Escuchadme bien. El matrimonio que venís de celebrar no es válido, naturalmente, porque se ha partido de un hecho falso: el de mi muerte. Como mi mujer no es viuda, no puede casarse con otro legalmente mientras yo pise sobre la tierra.

NADAL.- Es usted un chantajista.

ALFONSO.- Psch... ¡Cállese! O tendremos que pasar a mayores. Si yo me hubiese encontrado a mi mujer en otra actitud respecto a mí, yo ejercitaría mis derechos, como es lógico y todo se habría acabado.

NADAL.- Pues sería un atropello, a pesar de la ley.

ALFONSO.- Ahora bien; parece ser que Lily, por una ofuscación absurda, está un tanto interesada por usted. Ignoro qué atractivos habrá desplegado para seducirla, (Cargadísimo.) y me inclino a suponer que habrán sido absolutamente correctos...

LILY.- ¡Alfonso!

ALFONSO.- Supongo que tú habrás sido una viuda impecable..., y no al estilo de otras muchas...

NADAL.- ¡Caballero! No le consiento a usted...

ALFONSO.- Usted es muy dueño de hacerle a su mujer las escenas que quiera, pero a mi viuda sólo yo tengo derecho de hacérselas.

LILY.- ¡Bueno, pues basta ya, ea!

ALFONSO.- ¡Continúo! Si yo, fríamente, me limitara a solicitar la anulación de este matrimonio absurdo, resolvería la parte legal, pero no la sentimental, de este pleito.

NADAL.- ¿Qué pretende usted dar a entender?

ALFONSO.- Lily volvería a ser mi esposa para la casa, para las tarjetas de visita, para el kilométrico y para el carnet de identidad; pero acaso en lo profundo de su corazón lo sería de usted; ya que, según todos los síntomas, ella se siente de momento prendida en sus encantos.

NADAL.- Mucho más que de momento, señor Junquera; está usted equivocado.

ALFONSO.- Es, ni más ni menos, lo que deseo saber. Mire usted, señor Nadal, o, para que te des cuenta de lo humanamente que te hablo, mira, Alfonso; los triunfos en estas condiciones son fruto siempre de una competencia desleal: Aprovechándose de la irremediable ausencia del otro, uno acaba por creerse superior, y, sobre todo; el preferido. Pero si hubieran tenido que disputársela frente a frente los dos maridos, ¿quién sabe cuál hubiera sido el resultado?

NADAL.- Entonces, ¿qué es lo que te propones?

LILY.- Desde luego, que no vaya a Tánger.

ALFONSO.- Ése es tu error. Vas a visitar Tánger calle por calle y plaza por plaza. Pero el viaje de boda lo vamos a hacer los tres.

LILY.- (Muy ilusionada.) ¿Es posible? ¡Ay, qué bien!

NADAL.- ¿Y con qué objeto?

ALFONSO.- Pues con éste, muy sencillo. Para darle a Lily la oportunidad de que nos trate a los dos simultáneamente. Si al final del viaje yo me persuado de que Lily es, en el fondo, tan mía como yo me imagino, tendrás la bondad de retirarte por el foro, sin pestañear.

NADAL.- ¿Y si es al contrario?

ALFONSO.- Yo me quitaré de en medio para que podáis continuar vuestro viaje hasta el fin de vuestros días por la zona francesa.

NADAL.- ¡Aceptado!

LILY.- ¡Sí, sí!

NADAL.- Pues vámonos, Lily, que ya se hace tarde... Y bien, comprenderás que dos recién casados están excusados de despedirse. (Se refiere a los invitados.)

ALFONSO.- ¿Cómo «vámonos»?

NADAL.- Sí; y allí, en Tánger, nos reuniremos los tres.

ALFONSO.- No, hombre, no; tú estás confundido. El viaje lo hacemos desde aquí y juntos. ¿O es que te imaginas que te voy a dar ventajitas de esas?

NADAL.- Pero, ¿qué te propones?...

ALFONSO.- Nada, hombre, nada... ¡Conserje!

(Le llama por la lateral izquierda. El CONSERJE aparece al instante.)

CONSERJE.- Dígame, señor.

ALFONSO.- ¿Se ha encargado usted, por casualidad, de buscar los billetes de estos señores?

CONSERJE.- (Tras una leve vacilación) Sí...

ALFONSO.- Pues bien, necesitamos uno más.

CONSERJE.- ¿Pero?...

ALFONSO.- ¿Qué ha pedido?

CONSERJE.- Un departamento de dos camas hasta Algeciras.

ALFONSO.- ¡Villanos! Un departamento de dos camas. (Transición.)

Bueno; pues pide usted uno individual para la señora. El señor Nadal y yo ocuparemos el otro.

CONSERJE.- Bien, bien.

ALFONSO.- Y en Tánger reserve, no una habitación, sino tres. (A NADAL.) ¿Se da usted cuenta? Tres. Usted y yo, de igual a igual.

NADAL.- Déjate de bravuconadas.

ALFONSO.- Y vámonos, que aquí ya no hacemos nada. Mejor es esperar en la estación, donde seguramente tendréis vuestro equipaje; yo voy sin él. ¡Conserje! Regalo mis ametralladoras a la Comandancia de Marina.

CONSERJE.- Bien, señor...

ALFONSO.- ¿Qué le pasa? ¿Qué iba usted a decir? Se ha quedado así, como lelo...

CONSERJE.- No, es que no sé si es oportuno el que lo diga...

ALFONSO.- Dígalo, dígalo...

CONSERJE.- Pues bien: feliz luna de miel.

NADAL.- Muchas gracias, Conserje.

ALFONSO.- ¡No; tú, no! ¡Yo, sí! Muchas gracias Conserje.

(Y hacen mutis los tres por la lateral izquierda. Mientras, el

CONSERJE apura, estupefacto, uno de los vasos. Segundos después cae el...)

TELÓN

Acto II

La escena representa un vagón-cama visto longitudinalmente. Toda la parte inferior -ruedas y ejes- permanece oculta. Sólo está iluminada la parte superior. En ella se divisan tres departamentos distintos. El pasillo se supone que cae del lado más próximo al espectador. Los departamentos reproducen, con la mayor exactitud posible, los corrientes en los vagones-camas de la Agencia Internacional. Al comenzar la acción se oye, el ruido del convoy en marcha. En el

departamento de la extrema derecha -siempre se entiende derecha e izquierda como las del espectador- viaja DON JESÚS. Los otros dos departamentos están iluminados y vacíos. Sin embargo, en la redcilla hay colocados diversos equipajes y una maleta-armario grandísima en el de la extrema izquierda.

En el instante de levantarse el telón, DON JESÚS, que da señales de notoria impaciencia, se decide a levantarse de su asiento y a llamar al timbre. Al cabo de unos segundos aparece un EMPLEADO del vagón. El CAMARERO, de frente al público, parece entregado a la contemplación del paisaje.

EMPLEADO.- ¿El señor desea agua mineral?

DON JESÚS.- No, señor. Todos ustedes creen que si se les llama es nada más que para pedirles agua mineral. ¡No, señor!

EMPLEADO.- El señor me dispensará. ¿Le interesa, tal vez, que le haga la cama?

DON JESÚS.- ¡Eso, más tarde!

EMPLEADO.- Dígame entonces.

DON JESÚS.- Quiero decirle que con este ruido no se puede viajar.

EMPLEADO.- ¿Algo más desea el señor?

DON JESÚS.- (Un tanto sorprendido.) Pues no...

EMPLEADO.- Con su permiso.

(Hace mutis por el pasillo, hacia la izquierda, y, a los pocos segundos, el ruido del convoy cesa por completo. DON JESÚS pone un gesto de complacido asombro.)

DON JESÚS.- ¡Caramba! Esto ya es otra cosa.

EMPLEADO.- (Reaparece por la lateral izquierda.) El señor está servido.

DON JESÚS.- Muchas gracias. (Inquieto.) No será que hemos parado, ¿verdad?

EMPLEADO.- De ninguna manera. Seguimos a la misma velocidad que antes, pero procurando evitarles molestias.

DON JESÚS.- Así debe ser. Óigame, ¿a qué hora llegamos a Medina?

EMPLEADO.- A las doce treinta y cinco. ¿He de despertarle?

DON JESÚS.- No, al contrario: tengo especial interés en pasar dormido por Medina.

EMPLEADO.- Muy bien.

DON JESÚS.- Así, pues, le agradecería que no me despertase. ¿Y por León, a qué hora pasamos?

EMPLEADO.- Este tren no pasa por León.

DON JESÚS.- ¿Ah, no?

EMPLEADO.- (Rotundo.) Desde luego que no.

DON JESÚS.- Bah, bah... No sé por qué está usted tan seguro. Lo que no sucede en diez años sucede en un día.

EMPLEADO.- Sin embargo, señor...
DON JESÚS.- Bien, bien... Si por casualidad pasamos...
EMPLEADO.- Pero si ya le digo que no pasamos por León...
DON JESÚS.- (Con cierto aire conminatorio.) ¡Todo sería cuestión de dinero!
EMPLEADO.- No se ponga usted así, señor. Ya le avisaría si pasáramos.
DON JESÚS.- De acuerdo.

(Mutis del EMPLEADO. Al CAMARERO.)

Bueno, ¿quiere usted seguir contándome el paisaje?
CAMARERO.- Con mucho gusto, don Jesús. Al fondo se ve algo así como un pueblecito con unas casas muy pequeñas.
DON JESÚS.- (Mientras lee su periódico, sin conceder importancia alguna a nada.) Muy bien.
CAMARERO.- Cerca de la vía, pues..., como siempre..., vacas...
DON JESÚS.- Perfecto.
CAMARERO.- Ahora, unos borreguitos... ¿Quiere ver al pastor, don Jesús?
DON JESÚS.- (Mientras lee su periódico.) ¿Tiene algo de particular ese pastor?
CAMARERO.- No; es como todos. Lleva una oveja en los hombros.
DON JESÚS.- Será Manelik.
CAMARERO.- (Ingenuo.) Pues no sé... Más vacas, don Jesús; ¡más vacas!
DON JESÚS.- Se conoce que ésta es una región lechera.
CAMARERO.- Lo que sucede es que ya se está haciendo de noche, y que casi no se ve nada. Mire, mire; ¡se han encendido unas luces!...
DON JESÚS.- Mírelas usted, que ésa es su obligación.
CAMARERO.- A sus órdenes.
DON JESÚS.- (Se lleva la mano a los ojos.) Ay, caramba.
CAMARERO.- ¿Qué le sucede?
DON JESÚS.- Que se ha metido una carbonilla en un ojo.
CAMARERO.- (Se le acerca y hace ademán de soplarle.) ¿Va mejor?
DON JESÚS.- Sí, sí, muchas gracias... ¡Estas carbonillas que no respetan nada! Porque lo lógico era que la hubiera cogido usted, que era quien miraba el paisaje.
CAMARERO.- Tiene más razón que un santo.
DON JESÚS.- En fin: ya se fue. Bueno, pues usted puede retirarse. Y hasta mañana. Y muy bien, me ha contado usted el paisaje muy bien.
CAMARERO.- Yo le agradecí mucho al señor su encargo, porque me hacía falta ir a Madrid; y fíjese por dónde...
DON JESÚS.- Magnífico, amigo mío, magnífico.
CAMARERO.- Vaya, a mandar.

(Y hace mutis por la lateral derecha. En este momento el ruido del convoy se reproduce con la misma estridencia del principio. El EMPLEADO hace la pasada en ese mismo instante.)

DON JESÚS.- ¿Otra vez?...

EMPLEADO.- Disculpe usted, es que han debido distraerse.

(Hace mutis precipitadamente por la lateral izquierda. El ruido cesa, el EMPLEADO vuelve a surgir y, entonces, sin pararse ya, saluda a la altura de DON JESÚS, que sigue sentado en su departamento y que le retribuye con un gesto agradecido su afortunada intervención. El EMPLEADO hace mutis por la lateral derecha. Ahora, por la izquierda, penetra el SEÑOR TEJEMÁN. Es un hombre venerable, de grandes barbas blancas, lentes, guantes y bastón. Lleva en la mano la Guía de Ferrocarriles. Su nietecito es un niño, o niña -según convenga-, de corta edad. El SEÑOR TEJEMÁN saca del bolsillo del chaleco un gran reloj, lo acerca al oído para comprobar si marcha, lo mira con atención y se lo guarda otra vez. En seguida se acerca a DON JESÚS y le interpela.)

TEJEMÁN.- Usted perdone: ¿sería tan amable de decirme la hora exacta?

DON JESÚS.- Van a dar las nueve.

TEJEMÁN.- Discúlpeme: me he permitido rogarle que me dijera la hora exacta.

DON JESÚS.- Ah, perdón. Son las nueve menos dos minutos.

TEJEMÁN.- ¡Ajajá! (Consulta su reloj.) Las nueve menos dos minutos... (Como si se dispusiera a dar la salida a los corredores de una prueba atlética.)

DON JESÚS.- ¿Decía usted?...

TEJEMÁN.- Las nueve menos un minuto y... (Consulta de nuevo su reloj.) Ya está. Las nueve. (Se dirige a su nietecito y le besa en la cabeza.) Felicidades, cielo. (A continuación le sienta en la butaca. A DON JESÚS.) Discúlpeme. (A su nieto.) Estate

quietecito.

(Sale al pasillo, busca el timbre de alarma e intenta hacerlo sonar, pero el timbre de alarma, al parecer, no funciona y la palanca no descende. Cuando, después de agotados sus esfuerzos, comprende su fracaso, se decide a llamar a DON JESÚS.)

Caballero: si usted, generosamente, fuera tan amable que...

DON JESÚS.- Dígame.

TEJEMÁN.- No encuentro manera de hacer funcionar este timbre de alarma... Si usted me ayudase...

DON JESÚS.- Con muchísimo gusto.

(Intenta, como TEJEMÁN, que funcione, pero tampoco lo consigue.)

A ver si así.... (Cambia de postura.) Nada, tampoco. Se conoce que está oxidado y no hay manera...

TEJEMÁN.- Déjeme un segundo. Tal vez con las dos manos... ¡Pues no!

Es inútil.

(En este instante aparecen LILY, ALFONSO JUNQUERA y NADAL. Llegan por la lateral izquierda. Al ver a DON JESÚS y a TEJEMÁN tan atareados, quedan como en suspenso.)

NADAL.- (Intérprete de la curiosidad de los tres.) ¿Qué sucede?

DON JESÚS.- Este timbre de alarma, que no funciona.

NADAL.- (Muy tranquilo.) Permítanme.

(Se dispone a lucirse y aún parece brindar su éxito a LILY con la mirada. Va al timbre de alarma, pero fracasa, como todos los demás. LILY está a su lado. ALFONSO JUNQUERA, desde lejos, le observa con cierta ironía.)

Qué curioso... Si es que esto... no corre...

ALFONSO.- Claro, claro.

NADAL.- (Un poco agresivo.) ¿Por qué claro?... Te he dicho que no corre. A ver si tú..., el forzado de la Escuela de Ingenieros, puedes hacer algo... (Le reta.)

ALFONSO.- Naturalmente que sí.

(Acepta el desafío. Va hacia el timbre de alarma y lo emboca de diversas maneras, pero sucumbe.)

Pues hombre... La cosa pica ya en historia.

NADAL.- ¿Qué? ¿Te das? Comprende que no se puede presumir tanto...

ALFONSO.- Si es que...

DON JESÚS.- Vamos a llamar al mozo. Él puede, que lo resuelva todo. ¡Oiga, oiga!

EMPLEADO.- (Por la lateral derecha.) ¿Una botella de agua mineral?

DON JESÚS.- No, por Dios, no. Este timbre de alarma, que no funciona. A ver si usted hace el favor de echarnos una mano.

EMPLEADO.- Con mil amores.

(Se dirige al timbre de alarma, rodeado de la curiosidad de todos. El timbre, rebelde al tratamiento anterior, cede ahora sin dificultad. Ante el general asombro, la palanca corre hacia abajo. Hay un rumor de sorpresa. «Ah; pues mira... Vaya quién iba a decirnos. Coser y cantar...». El EMPLEADO se limpia las manos una con otra y hace mutis por la derecha. DON JESÚS se mete en su departamento. El SEÑOR TEJEMÁN sigue en el pasillo. LILY ocupa el departamento del centro. NADAL y JUNQUERA se van al de la izquierda. Transcurren unos segundos brevísimos. Son los precisos para que cada uno se acondicione en su asiento. DON JESÚS coge un «ABC» y lo ojea displicentemente. ALFONSO saca un pitillo y se dispone a encenderlo, pero, de pronto, un solo resorte parece hacerles saltar a todos. Acaban de darse cuenta de que han hecho sonar el timbre de alarma,

sin saber por qué. Llenos de zozobra se precipitan al pasillo. Todos hablan a la vez.)

ALFONSO.- ¡Pero si es el timbre de alarma!

NADAL.- Dios santo, ¿qué es lo que pasa?

DON JESÚS.- ¿A qué viene eso?...

LILY.- ¿Qué es lo que sucede?

ALFONSO.- Que hemos hecho sonar el timbre de alarma. Algo hay que...

NADAL.- (A DON JESÚS.) Usted lo sabe. ¿Por qué había que usar el timbre de alarma?

DON JESÚS.- A mí no me carguen culpas. Este señor (Se refiere a TEJEMÁN.) es el causante.

ALFONSO.- (A TEJEMÁN.) Vamos a ver, señor mío. ¿Por qué ha hecho usted que tocáramos el timbre de alarma?

(El señor TEJEMÁN les mira pausadamente tras sus quevedos. Al fin, llama al niño, que se le acerca dócilmente.)

TEJEMÁN.- Señores míos: yo no quiero ofender a nadie al afirmar que soy un viajero honesto.

ALFONSO.- Bien, ¿y qué?

TEJEMÁN.- Me llamo don Justo Tejemán, y este rapazuelo es mi nieto. ¿Qué edad creen ustedes que tiene?

LLY.- ¡Huy, qué rico; qué criaturita...!

ALFONSO.- Lily, reserva tus mimos hasta el final. (A TEJEMÁN.) Mire usted, señor. Lo de la edad del niño lo arreglaremos después; lo del timbre de alarma es lo que hay que arreglar ahora. Porque supongo que no tendrá nada que ver una cosa con otra.

TEJEMÁN.- (Solemne.) Está usted equivocado. He mandado tocar el timbre de alarma porque el niño que viajaba con medio billete acaba de cumplir siete años a las nueve, y desde ese momento tiene que pagar billete entero. Yo no soy un defraudador.

TODOS.- ¿Cómo, cómo?... (Asombro general.)

TEJEMÁN.- He dicho, señores, que soy un viajero honesto. Pero a ustedes no tengo por qué informarles de nada.

(El EMPLEADO hace una pasada llevando en la mano una botella de agua mineral.)

ALFONSO.- Óigame usted, que hemos tocado el timbre de alarma...

EMPLEADO.- Sí, claro: ya lo sé...

ALFONSO.- Es que ha sido sin motivo ninguno...

EMPLEADO.- No se preocupen, no funciona...

ALFONSO.- Ah, bueno; si es así... (Descansa.)

TEJEMÁN.- Óigame, mozo.

EMPLEADO.- Tenemos Borines y Vichy catalán.

TEJEMÁN.- Quiero hablar con usted.

EMPLEADO.- Usted me dirá.

TEJEMÁN.- Vamos a ese departamento, si no le importa.

EMPLEADO.- A sus órdenes.

(Hacen mutis los tres por la lateral izquierda. Hay un segundo de pausa. Todos se miran unos a otros.)

NADAL.- (Sentencioso.) Admirable sujeto. El futuro es de la Renfe. (Larga pausa.)

DON JESÚS.- Bien, bien... ¿Cenó usted ya, señor Junquera?

ALFONSO.- Sí.

(Le contesta distraído, pendiente tan sólo, en realidad, de su mujer. No ha entrado en su departamento ni se atreve a hacerlo en el de LILY. NADAL y ALFONSO están uno al acecho del otro. En un instante determinado ALFONSO mira a NADAL de una manera casi agresiva. NADAL se decide, entonces, a penetrar en su departamento, como si quisiera evitar una posible pendencia.)

DON JESÚS.- Le noto a usted nervioso, amigo mío...

ALFONSO.- Sí, no es para menos...

DON JESÚS.- Estoy enterado de todo, y debo decirle, con el corazón en la mano, que no se preocupe: es usted más simpático que él.

ALFONSO.- Muchas gracias, señor Garona; muchas gracias.

(Un POLICÍA aparece por la lateral derecha.)

POLICÍA.- (Muestra, con su gesto característico, el reverso de la solapa.) La documentación, si hacen el favor.

(DON JESÚS le tiende un carnet, que el POLICÍA examina y le devuelve.)

Muy bien.

(ALFONSO le entrega algo así como un pasaporte.)

¿Por qué está tan borroso?

ALFONSO.- Por el agua... Es que se me cayó al agua.

POLICÍA.- Este pasaporte hay que renovarlo; caducó ya. No deje de hacerlo.

ALFONSO.- Sí señor; apenas lleguemos.

POLICÍA.- Buenas noches.

(Va a dirigirse al departamento de LILY.)

ALFONSO.- La señora es mi esposa.

POLICÍA.- Ah, perfectamente.

(Va al departamento de NADAL.)

La documentación, caballero.

(NADAL le muestra unos papeles, a los que el POLICÍA da su conformidad.)

Buen viaje, señor.

(Lanza una mirada a la izquierda, pero no ve viajero alguno y, entonces, se dispone a retroceder. NADAL, cree, sin embargo, que intenta pedirle documentación a LILY.)

NADAL.- (Presuroso.) Es mi señora.

(Entonces, el POLICÍA, de espaldas al público, examina a LILY. A continuación, mira a NADAL y a ALFONSO. Por último; irritado, pide una aclaración.)

POLICÍA.- (Con voz autoritaria.) ¿Quién es el marido de esta señora?

NADAL y

ALFONSO.- Yo.

POLICÍA.- ¿Pretenden, burlarse de mí?... He preguntado que quién es el marido de esta señora.

ALFONSO.- Y yo le digo que soy yo.

NADAL.- Y yo, que soy yo.

POLICÍA.- Bueno, señora... Usted sabrá explicarme esto, ¿verdad?

LILY.- ¿Y qué quiere que yo le diga? Pues que los dos tienen razón.

POLICÍA.- ¿Los dos son sus maridos?

LILY.- Pues sí... Ya ve usted qué cosas pasan.

ALFONSO.- Óigame usted: en igualdad de méritos se prefiere la antigüedad, ¿no? Pues el señor es un advenedizo. Se ha casado hace unas horas, y yo me casé en mil novecientos treinta y cuatro.

POLICÍA. Oiga, oiga... Mire usted, señora...

LILY.- Escuche, agente. ¿No me van a dejar en paz? Usted no sabe el día que yo llevo, y estoy cansadísima. ¡Qué caramba! Si una no puede ya ni descansar...

POLICÍA.- ¿Y yo qué culpa tengo, señora? Aquí lo que hace falta...

DON JESÚS.- (Conciliador.) Agente... Un momento...

POLICÍA.- (Con inquietud.) ¿Usted también?

DON JESÚS.- No, por Dios. Claro: usted piensa que no hay dos sin tres, ¿verdad? He aquí, sin embargo, un caso en el que eso no es cierto.

POLICÍA.- ¿Qué desea, entonces?...

DON JESÚS.- (Confidencial.) Yo podría explicarle, en pocas palabras...

POLICÍA.- Hágalo, y así me evitará tener que tomar medidas.

(Se encierra con DON JESÚS en su departamento. NADAL y ALFONSO entran en tromba en el de LILY.)

ALFONSO.- Ésta es una situación intolerable.

NADAL.- La culpa es tuya.

LILY.- Yo lo que os pido es que, por lo menos ante las autoridades, decidáis cuál de los dos es mi marido. Porque yo no sé lo que andará pensando el policía.

NADAL.- Ante las autoridades, lo mismo que ante ti, de momento ya está decidido. El marido soy yo.

ALFONSO.- ¡Qué gracioso!

NADAL.- Tú, físicamente, tendrás la personalidad que quieras; pero legalmente eres una sombra, una ficción... Búscate en el censo de electores, en el escalafón de la carrera, en la Guía de Teléfonos. A ver si te encuentras. Mientras no resuelvas tu expediente, no eres nadie. Aquí, en este tren, menos que en ningún sitio.

ALFONSO.- Mira, cuando se es autor del proyecto de decoración del Bar Sirena, que es el proyecto más cursi que he visto en mi vida, lo mejor que uno puede hacer es callarse.

NADAL.- ¡Vamos! ¿Y a qué viene eso ahora?

ALFONSO.- Siempre es bueno para decírtelo. Tú no haces edificios, sino tartas.

NADAL.- Prefiero mi repostería a tu puente. Acuérdate del de Villanueva.

ALFONSO.- Aquél se hundió no por defecto en sus cálculos, sino por los materiales del contratista: ¡Y tuvo la delicadeza de hacerlo sin causar desgracias personales! ¡No como la techumbre del cine Carnaval!

NADAL.- Dos heridos leves.

ALFONSO.- ¡Tres y graves!

NADAL.- Leves.

LILY.- Bueno, ¿queréis dejarme en paz con vuestros piques? ¡Vaya un momento para discutirlos el que habéis elegido!

ALFONSO.- Todos son buenos para poner los puntos sobre las íes.

LILY.- Y a ver si dejáis de pelearos. Jesús, ¡qué mal os lleváis!

ALFONSO.- Pero ¿cómo quieres que nos llevemos?

LILY.- Sí, ya veo que yo no os uno nada.

ALFONSO.- Lily: eres la inconsciencia hecha carne; lo has sido siempre, y eso es lo grave. Tu nuevo matrimonio es una prueba más de lo que te digo. Y en cuanto a ti... (A NADAL.) ¿sabes lo que pienso? Que daría cualquier cosa porque la vida nos sirviera ahora en bandeja tres o cuatro situaciones de esas que ella sabe buscar cuando quiere, sólo para que Lily se diera cuenta de quién eres tú y quién soy yo.

NADAL.- Bah, bah...

ALFONSO.- Pero si además, si no hace falta. Si no importa que ahora no se presenten esas situaciones; si se nos han presentado muchas en nuestra vida... De lo primero que debes acordarte es de que en el colegio de San Antón te rompí la cara, a los nueve años, por acusica.

NADAL.- Tú ya demostrabas entonces tu falta de sentimientos.

Cazabas moscas para ponerlas un letrero que decía: ¡Muera el Prior!

ALFONSO.- Eras el odiado empollón de nuestro curso. Las lecciones sabiditas, con puntos y comas; los reyes godos, de carrerilla; el «musa, musae», los huesos de la mano y los del pie; de todo estabas al corriente, pero la clase entera te odiaba.

NADAL.- Me importaba un bledo.

ALFONSO.- ¡Eras tacaño, Nadal, hijo mío; eras tacaño, y de qué manera!... Nadie te vio gastarte un duro a primeros de mes.

NADAL.- Todos te vimos a ti pedirlo prestado antes del quince.

ALFONSO.- Sí, pero ¡qué rumbo le daba!

NADAL.- Ah, eso sí; mucho rumbo. Juergas, borracheritas...

ALFONSO.- Tú, sin vitaminas y sin pasiones, ratoncito de biblioteca, con tus libros siempre. Y, además, «Fonsi» des-a-sea-di-to...

NADAL.- ¿Cómo?

LILY.- ¿Desaseadito?

ALFONSO.- Sí, sí; con tus barbas de dos semanas, tus cuellos arrugados. Pero tú, Lily, ¿no has advertido nada de eso?

LILY.- No vas a decirme que Fonsi viene mal vestido.

NADAL.- Tú has sido siempre un señorito muy pagado de su sastre.

ALFONSO.- Al contrario, mi sastre muy pagado de mí.

NADAL.- Habría que preguntarle al sastre.

LILY.- (Se ríe.) ¡Ah, qué gracioso has estado, Fonsi!...

ALFONSO.- ¿Te parece ingenioso «Fonsi»? No creo que haya hecho un chiste en su vida.

LILY.- (Envanecida de NADAL.) No, ni versos tampoco.

ALFONSO.- Alguna vez he visto unas aleluyas firmadas por él en uno de esos periodiquillos de pueblo.

NADAL.- Mejor es que ande el nombre de uno por esos periodiquillos que no en los juzgados.

ALFONSO.- ¿En los juzgados?

NADAL.- Sí, sí...

ALFONSO.- ¿Qué pretendes insinuar?...

NADAL.- Al buen entendedor....

ALFONSO.- Ah, ya... Te refieres a mis juicios de faltas... ¡Vamos, qué divertido! ¿Haberme pegado con un sereno es deshonroso, no? ¿O es que haber tenido una bronca en un baile de máscaras ha mancillado mi reputación?...

LILY.- Y tú, ¿cuándo has ido a ese baile, sinvergüenza?

ALFONSO.- En Carnavales de mil novecientos veintitrés, disfrazado de langosta, diez años antes de conocerte. ¿Tenía derecho o no? (A NADAL.) Claro, tú qué ibas a ir a los juzgados, si no salías de las faldas de tu tía Candelaria para heredarla. -Anda, Nadal, acompáñanos. -Me espera la tita. -Te esperaba la tita. Y corrías el

riesgo de ser desheredado si te ponía en falta. A mí me las ponía el juez municipal, ¡que es mucho más digno!

NADAL.- Ser un bala rasa está feo, pero pavonearse de serlo aún lo es más.

ALFONSO.- Mira: los tipos como tú yo nos los he soportado nunca. ¡Los detesto! Sois hipócritas y antipáticos, zalameros y santurrones. Vais siempre a lo vuestro, pero nunca habéis sido capaces de crear nada grande. Para vosotros cuenta tan sólo lo pequeño, lo pobretón, lo «diminito»...

NADAL.- ¡Ja, ja! Lo diminito...

LILY.- ¡Ja, ja! ¡Lo diminito!

ALFONSO.- Lo diminuto, tonto; o es que crees que no sé decirlo, aunque me equivoque. A ver, en cambio, si tú dices esto otro: un tigre, dos tigres, tres tigres.

NADAL.- (Serenamente.) El arzobispo de Constantinopla se quiere desarzobispoconstantinopolizar, el desarzobispoconstantinopolizador que lo desarzobispoconstantinopolizare, buen desarzobispoconstantinopolizador será.

ALFONSO.- (Como si fuera a pegara NADAL. En el paroxismo.) Compadre de la capa parda, qué poca capa parda gastas; el que poca capa parda gasta, poca capa parda paga; yo que poca capa parda gasté, poca capa parda pagué.

LILY.- (Se interpone a los dos.) ¡Bueno, basta ya!

(A los gritos ha acudido el POLICÍA, que hasta entonces permaneciera hablando con DON JESÚS.)

POLICÍA.- Orden, señores, orden.

ALFONSO.- (Malhumorado.) Déjenos usted en paz.

NADAL.- Es este señor, que me está provocando.

ALFONSO.- ¡No ha muerto el acusica de San Antón!

POLICÍA.- Orden, señores. Yo me doy cuenta de que su situación es violentísima y excepcional. Por cierto que yo he visto muchas comedias iguales.

ALFONSO.- Iguales, no; dirá usted con el mismo punto de partida.

POLICÍA.- Bueno...

ALFONSO.- Pero no con el mismo desarrollo. Y, sobre todo, no con el mismo desenlace.

POLICÍA.- Si usted sigue con ese tono, el de ésta podría ser el calabozo de la primera parada.

ALFONSO.- ¿A mí? ¿Por qué me iba usted a meter a mí en el calabozo?

POLICÍA.- Por desacato a mi autoridad.

DON JESÚS.- (Conciliador.) Tengamos paz, señores. (Al agente.) Deje usted que ellos resuelvan sus asuntos como les parezca. Están un poco excitados y es natural... Ande, véngase a tomar una copa conmigo en el restaurante.

POLICÍA.- Muchas gracias, tengo aún trabajo.

DON JESÚS.- Yo le ayudo después, si usted quiere. Yo pido la documentación de los de primera y usted de los de tercera.

POLICÍA.- No, de verdad; no puedo.

DON JESÚS.- Bueno, pues como guste. Ya sabe dónde me tiene. Coche cama número dos, compartimiento primero, entresuelo: siempre a su disposición.

POLICÍA.- Encantado.

(Hace mutis por la lateral izquierda, después de mirar amonestadoramente a ALFONSO JUNQUERA y a NADAL.)

DON JESÚS.- Bueno, pues que ustedes descansen.

ALFONSO y

NADAL.- (Furiosos.) ¿Eh?

DON JESÚS.- Nada, nada; buenas noches...

(De la lateral izquierda a la derecha pasa un MOZO, que agita una campanilla.)

MOZO.- Restaurante, última serie.

(Se le oye hacer mutis por la lateral derecha, repitiendo cada vez más lejanamente la misma llamada.)

Restaurante, última serie...

(DON JESÚS descorre las cortinillas. Su conversación con el POLICÍA la mantuvo al principio en su departamento, pero a los pocos segundos lo abandonó para que el EMPLEADO hiciera la cama. LILY, ALFONSO y NADAL quedan ahora en el pasillo, de cara al público. Hay una pausa.)

LILY.- (Con una voz impersonal, como si estuviera fatigada del batallar anterior.) ¿A qué hora llegamos a Madrid?

NADAL.- A las once y veinte es la hora oficial.

LILY.- ¡Que tarde!

ALFONSO.- Eso sino traemos retraso.

(Hablan todos ahora con una voz muy suave, como si fueran los mejores amigos del mundo.)

NADAL.- No, ahora ha mejorado mucho eso.

ALFONSO.- Pues en mis tiempos...

LILY.- ¿Y por qué esos retrasos? ¡Jesús, qué lata!...

NADAL.- Los carbones, que no son buenos; el material, que está muy trabajado...

ALFONSO.- Sobre todo, el carbón.

NADAL.- Ahora, el ministro del Ramo ha dicho que va a intervenir

muy activamente.

ALFONSO.- Falta hace.

LILY.- Sí, sí... Oye, pero el barco a Tánger no lo perderemos, ¿verdad? Porque podrá enlazar con el exprés de Algeciras.

NADAL.- Sí, creo.

LILY.- (Casi infantilmente. A NADAL.) ¡Era lo único que nos faltaba: perder el barco! ¿Y cómo es Tánger?

ALFONSO.- Muy interesante.

LILY.- (Siempre dirigiéndose a NADAL, que cuando va a contestarse ve rebasado por ALFONSO.) Y muy cosmopolita, ¿no?

ALFONSO.- Enormemente.

LILY.- (A la que no le sorprende nada que le conteste ALFONSO, aunque ni le mira, como si las respuestas se las diera NADAL.) Y con un barrio moro de novela, ¿eh? (Siempre con el mismo juego de miradas a NADAL.)

ALFONSO.- El barrio moro, más que de novela es de película.

LILY.- ¿Y es cierto que las sedas están baratísimas...?

ALFONSO.- Lo que se dice tiradas.

LILY.- (Siempre a NADAL.) Oye, tú que lo sabes todo, ¿hay muezines en Tánger?

ALFONSO.- Hay cada muezín que quita la cabeza.

LILY.- Claro que tú te conocerás Tánger como la palma de la mano...

ALFONSO.- Yo, no.

LILY.- Huy, cállate, Alfonso; déjale a Fonsi que me siga contando.

¿Decías que hay muezines...? (A NADAL.)

NADAL.- Sí, decía que hay cada muezín que quita la cabeza.

LILY.- Sí, eso ya te lo había oído.

NADAL.- Al caer la tarde se asoman a los minaretes de las mezquitas y convocan al pueblo a la oración. Entonces el pueblo se reúne en las plazas, ¿comprendes?

ALFONSO.- (Le interrumpe y llama hacia sí la voluble atención de LILY.) Por cierto, no te he preguntado nada de tu madre. ¿Qué es de ella?

LILY.- Murió, la pobre.

ALFONSO.- ¿Es posible...? ¿Y de qué? Tenía una salud de toro.

LILY.- ¡Más respeto, Alfonso!

ALFONSO.- Mujer: perdóname si te he faltado. Quise decir que...

LILY.- No sé lo que querías decir, sé lo que has dicho. La pobre murió a consecuencia de una caída.

(NADAL ha continuado su descripción hasta unos segundos antes. Ahora se da cuenta de que no se le escucha y se apresura a enlazar con el tema del que ALFONSO y LILY se ocupan.)

NADAL.- Ah, ¿hablabas de tu madre, que en paz descanse...?

LILY.- Sí, Fonsi. Ella te quería como a un hijo.

NADAL.- (Aduladoramente.) Tu madre era una mujer encantadora.

ALFONSO.- Mira, Nadal, cállate y no seas cobista.

NADAL.- ¿Quién, yo? Ah, ¿no era buena?

ALFONSO.- Era buena como el pan, pero...

LILY y

NADAL.- (Simultáneamente.) ¿Pero qué?

ALFONSO.- Bueno: mejor será que nos vayamos a dormir.

LILY.- (Decididamente.) Sí, mejor será.

(Entra, decididamente en su departamento. Su decisión es tan súbita que no hay lugar para contradecirla. LILY, al igual que DON JESÚS, echa las cortinas. ALFONSO y NADAL se miran el uno al otro casi provocativamente.)

ALFONSO.- Óyeme, una sola pregunta.

NADAL.- Dime.

ALFONSO.- «Mamy» te ayudó mucho, ¿verdad?

NADAL.- Cumplía su deber al hacerlo.

ALFONSO.- Sí, Sí...

NADAL.- ¿Querías saber algo más?

ALFONSO.- (Enigmático.) Sí..., algo hay más, que por saberlo me dejaría cortar una mano.

NADAL.- Si lo sé yo...

ALFONSO.- No, acaso ni tú mismo lo sabes.

NADAL.- Bien. ¿Vas a acostarte, o no?

ALFONSO.- Más tarde. Desnúdate tú. Yo aún he de fumar un cigarrillo.

NADAL.- Como gustes.

(Va a meterse en su departamento, pero se siente acometido por la desconfianza.)

Oye..., ¿y por qué no te acuestas tú primero?

ALFONSO.- ¿Y a qué viene eso...?

NADAL.- No, no... A nada...

ALFONSO.- Pues, entonces...

NADAL.- Escúchame, Alfonso; existen ciertas cosas que, con derecho o sin él, no estoy dispuesto a tolerar en mis narices, ¿me entiendes?

ALFONSO.- (Desdeñoso.) Anda, anda, vete a dormir y estate tranquilo.

NADAL.- Bien. Ahora diré que me hagan la cama. (Otra vez, en el umbral de la portezuela.) ¿Cuál quieres? ¿La de arriba o la de abajo?

ALFONSO.- La que te dé más rabia.

NADAL.- (Con evidente malhumor.) Hasta mañana.

(NADAL se mete en su departamento. Lo hace receloso y sin perder de vista por completo a ALFONSO. ALFONSO se corre un tanto a la derecha hasta llegar a la altura del departamento de DON JESÚS. Mira siempre al de LILY y parece tramar algo. Por fin se decide a abrir un poco

la portezuela del departamento de DON JESÚS.)

ALFONSO.- (Con voz queda.) Señor Garona, señor Garona...

DON JESÚS.- ¿Quién es...?

ALFONSO.- Soy Alfonso Junquera.

DON JESÚS.- ¡Ah, Sí!

(Enciende la luz. Entonces se le ve en pijama, metido dentro de su litera.)

¿Qué le sucede?

ALFONSO.- Nada, no se alarme.

DON JESÚS.- No será Medina del Campo, ¿verdad?

ALFONSO.- Ca, hombre, aún falta muchísimo.

DON JESÚS.- ¿Qué le sucede a usted? ¿Cómo va ese match?

ALFONSO.- ¿Quiere usted que le sea sincero?

DON JESÚS.- Sí, Sí...

ALFONSO.- Usted le ha llamado match. Tiene gracia la palabra, y es bastante justa. Bueno, pues si cada match consta de rounds y suponemos que el del tren es uno, mala cosa, don Jesús; mi impresión es que lo he perdido por puntos.

DON JESÚS.- Bah..., aprensiones tuyas. Su mujer tiene que quererle a usted. Lo que sucede es que ya sabe usted cómo son las mujeres y la novedad de siempre, pues, claro...

ALFONSO.- En fin... Ya veremos. Lo que yo le suplicaría es que usted me permitiera desde aquí...

DON JESÚS.- ¿Qué quiere...?

ALFONSO.- Nada, muy poquita cosa; que me deje rascar un poquito en este tabique.

DON JESÚS.- Rasque usted lo que le apetezca, amigo.

ALFONSO.- Muchas gracias, don Jesús.

(Se acomoda y rasca, en efecto, un poco, con cierto aire felino. Simultáneamente. NADAL, después de unos breves momentos de duda se decide, también, a dar señales de vida. Su morse es distinto. Ha sacado una llave del bolsillo y golpea levemente en el departamento de LILY. Los dos rivales invierten en esta tarea unos segundos. De improviso un grito de LILY rasga el silencio del vagón. Los dos, azorados, como criminales sorprendidos, se interrumpen. Cada uno se carga en su propia cuenta la alarma de LILY, pero en medio de su estupor, el grito de LILY se reproduce después de una pausa, con tal angustia que ahora ya son ellos quienes se inquietan. ALFONSO sospecha de NADAL y NADAL de ALFONSO. Salen los dos al pasillo animados de las peores intenciones.)

NADAL.- ¡Perjuro!

ALFONSO.- ¡Cállate, cursi! ¡Eres un miserable!

NADAL.- ¡Tú eres el miserable!

ALFONSO.- ¡Basta! ¡Hasta aquí hemos llegado...!

(Van a pegarse. DON JESÚS se apresta a separarlos cuando LILY prorrumpe en un nuevo grito.)

LILY.- (Desde dentro.) ¡Ayyy! ¡Un hombre, un hombre!

ALFONSO.- (Golpea en la puerta.) ¿Uno o dos? ¡Abre!

(Entonces la puerta del departamento se abre y LILY, envuelta en salto de cama, se lanza al pasillo e inicia la huida por él hacia la derecha.)

LILY.- ¡Un hombre, un hombre!

DON JESÚS.- Serénese, señora.

(ALFONSO y NADAL han entrado en tromba en su departamento, pero no advierten nada. Salen de él en ademán de pedirle a LILY que se explique. Ahora se ve que por la ventanilla del departamento de NADAL penetra un hombre que se descuelga del techo. Viene pobrememente trajeado: es un maleante. Salta con ligereza al suelo, sale al pasillo y echa a correr como alma que lleva el diablo hacia la izquierda. LILY que lo ve, lo denuncia.)

LILY.- ¡Ahí va, ahí va...!

(NADAL sale detrás de él y a continuación ALFONSO. Apenas ha terminado de pasar ALFONSO cuando otro hombre gemelo del anterior, penetra por la ventanilla del departamento de LILY.)

¡Alfonso, Alfonso!... ¡Que hay otro!

(El otro, en efecto, amenaza a LILY y a DON JESÚS, les obliga a replegarse para cederle paso, todo en un solo segundo y huye por la lateral derecha. En el mismo instante, resurge ALFONSO.)

ALFONSO.- ¿Qué sucede?

LILY.- Otro, otro por ahí...

(ALFONSO sale de estampía por la lateral derecha.)

DON JESÚS.- (Internándose en el departamento de LILY.) Haga usted el favor de cerrar las ventanillas, que se nos va a llenar esto de gente. (Acompaña la acción a la palabra.)

(Aparece el EMPLEADO por la lateral de su mutis. Viene con el aire

somnoliento y el cuello desabrochado. Trae una botella de agua mineral en la mano.)

EMPLEADO.- (A DON JESÚS.) ¿Se la abro ahora?

DON JESÚS.- ¡Hay dos ladrones en el tren!

EMPLEADO.- ¡Córcholis! (Tira la botella sobre la litera de LILY.)

¿Hacia dónde han ido?

DON JESÚS.- Cada uno por su lado.

EMPLEADO.- ¡Demonio!

(Se va por la derecha.)

ALFONSO.- (Desde dentro.) ¡venga, venga, que le tengo cogido!
¡Sinvergüenza! (Un poco jadeante.) ¡Bandido...! Desármelo, usted, caballero... Ajajá... Listo...

(Rumor de voces, gritos. Al fin un cierto silencio. ALFONSO reaparece por la lateral derecha. Se compone la corbata, se enjuga el sudor.)

LILY.- ¿Qué pasó?

ALFONSO.- (Con una imperceptible petulancia que no atina a encubrir de sencillez, como quisiera.) Nada. Yo le eché mano y, después, otros viajeros, uno de ellos militar, por cierto, le han trincado. A propósito...

(ALFONSO parece dispuesto a proseguir su relato, pero en este momento se oye la voz del POLICÍA por la lateral izquierda. Casi simultáneamente se persona en escena.)

POLICÍA.- ¡Hombre al agua, hombre al agua...!

ALFONSO.- (Avanza a su encuentro.) ¿Qué pasa?

POLICÍA.- Que este señor que venía con ustedes..., el marido de la señora, o quien fuera...

LILY.- (Con auténtica zozobra.) ¿Qué?...

POLICÍA.- Que luchando con ese raterillo, pues... se ha caído a la vía...

LILY.- ¡Jesús!

POLICÍA.- (Va hacia la lateral derecha.) ¡Hombre al agua, hombre al agua...!

DON JESÚS.- (Le alcanza cuando va a hacer mutis por la lateral derecha.) Óigame, no diga usted hombre al agua, porque aquí nadie se ha caído al agua.

POLICÍA.- Anda, tiene usted razón, debo decir: ¡Hombre a la vía!

DON JESÚS.- Pues mire usted, la verdad, no sé... Porque a lo mejor no ha caído a la vía.

POLICÍA.- (Muy preocupado con ese problema lexicográfico que se

le plantea inopinadamente.) ¿Cómo, entonces...?

DON JESÚS.- (Ensayando.) Hombre a la grava, no... Apenas si causa efecto. Hombre al balastro... ¿Eh? ¿Qué? A mí, tampoco... Diga usted, nada más: Un hombre, un hombre; mejor aún... (Triunfante.) Un viajero, que se ha caído un viajero...

POLICÍA.- Sí, sí, eso es. ¡Un viajero, un viajero, que se ha caído un viajero!

EMPLEADO.- (Por la lateral derecha.) ¿Un viajero...?

(ALFONSO ha estado con un primer esbozo de preocupación y de amargura sustraído a todo, en el deseo de analizar a LILY. Ahora se incorpora a la actividad del resto de sus compañeros de expedición.)

DON JESÚS.- Sí, sí; el señor Nadal.

EMPLEADO.- Hay que parar el tren. (El subconsciente le empuja al timbre de alarma, pero enseguida se recupera.) ¡Si está estropeado...! Voy a tocarlos todos, a ver cuál es el de la suerte...

(Hace mutis por la izquierda.)

ALFONSO.- (Al POLICÍA.) ¿No trae usted pistola...?

POLICÍA.- Sí.

ALFONSO.- Dispárela.

POLICÍA.- Tiene usted razón. (Se asoma a la ventanilla y la dispara hasta dos veces. Se vuelve tras el segundo disparo a ALFONSO y le dice.) Esto no para.

ALFONSO.- Dispare otra vez.

(Un tiro más. Pausa.)

Otro.

(Y, en efecto, dispara de nuevo.)

POLICÍA.- ¿Cree usted que hemos acertado la marcha...?

ALFONSO.- Me parece que como no tire usted al fogonero, ahora que entramos en la curva...

(Un último disparo, éste apuntando.)

POLICÍA.- Oiga, oiga... Ya vamos más despacio...

DON JESÚS.- (Se asoma al departamento de la izquierda, en el que están ALFONSO y el POLICÍA.) ¡El tren frena!

ALFONSO.- Sí, sí; así es...

POLICÍA.- Gracias a Dios. Me voy al vagón de cabeza, para poder

decir al maquinista que retroceda. A ver si damos con ese señor...

ALFONSO.- ¿Qué cree usted que ha podido sucederle...?

POLICÍA.- ¡Hum...! íbamos bastante deprisa, y una caída en estas circunstancias... Si no le ha cogido el tren, que es poco fácil, un golpe con fuerza...

(LILY se acerca a oír la conversación.)

ALFONSO.- (Al POLICÍA.) Psch... Que viene mi mujer y podría impresionarse...

POLICÍA.- Bueno. Hasta ahora.

(Hace mutis por la lateral izquierda. DON JESÚS va a su departamento, se asoma a él, siempre en su pijama que una bata protege y anuncia, mientras el convoy poco a poco se detiene.)

DON JESÚS.- Ya paramos, ya paramos... (Se oye el chirriar de los frenos.)

LILY.- (Se vuelve hacia él, con anhelo y siempre, aunque sin saberlo, espiada escrutadoramente por ALFONSO.) ¿Sí? ¿Usted cree?

DON JESÚS.- (Eufórico.) Ya lo creo... (Nuevo chirriar de frenos. Un maletín del departamento de DON JESÚS se cae al suelo desde la redecilla.) ¡Fíjese! ¡Qué frenazo! (Coge el maletín, lo coloca en el mismo sitio y vuelve a asomarse a la ventanilla animado por una curiosidad casi infantil.)

LILY.- ¡Ya va el policía a la máquina!

(LILY corre al compartimiento central y se asoma por él. ALFONSO abandona su observatorio, se sienta frente a LILY y la mira sin que ella se percate de nada. Está triste y preocupado. Ausente de cuanto pasa.)

ALFONSO.- Lily. (LILY no lo oye. Él, entonces, se sonríe con cierta melancolía.)

DON JESÚS.- (A un supuesto viajero, que parece haber descendido a su derecha.) Eh, caballero, suba que esto arranca enseguida, que vamos a retroceder... Hale, no pierda tiempo.

(El convoy da otra arrancada en sentido opuesto, porque ahora es una maleta que va en el compartimiento de la extrema izquierda, la que se desploma. Nadie está en él, sin embargo, y por eso nadie se molesta en recogerla. Todos acusan, eso sí, con un movimiento imperceptible, el efecto de la arrancada. DON JESÚS, además, va hacia su maletín y lo reafirma en su sitio. Desde ahora hasta el final del acto, se oirá el mismo ruido de la marcha del tren con que comenzó, pero muy atenuadamente, más que como un intento de simular

la realidad, como un subrayado casi musical. Por la izquierda llegan el policía con una linterna en la mano; y el empleado, con otra. Se colocan en el pasillo, de cara al público. Antes llaman a DON JESÚS; a LILY y a ALFONSO.)

POLICÍA.- No miren por ahí. Se cayó de este lado...

EMPLEADO.- Ya le encontraremos...

POLICÍA.- Debe estar a unos seis o siete kilómetros de aquí...

EMPLEADO.- Vamos al estribo, si usted quiere...

POLICÍA.- Perfecto.

(Mutis por la derecha. Hay un breve silencio entre LILY y ALFONSO. Los dos apoyados en la barra del cristal, miran a la vía.)

ALFONSO.- Lily...

LILY.- Dime...

(La voz de los dos se ha hecho, de pronto, angustiada, íntima.)

ALFONSO.- Si yo te dijera...

LILY.- ¿Qué...?

ALFONSO.- Que, acaso, ni tú misma deseas con la fuerza, con la vehemencia que yo, el encontrar a Alfonso Nadal sano y salvo.

LILY.- ¿Sí? (Diríase que está sufriendo mucho desde hace unos momentos.)

ALFONSO.- (Pesadamente.) Sí.

LILY.- ¿Y eso por qué, Alfonso?

ALFONSO.- Porque..., perdóname... Que no te parezca una estúpida vanidad de mi parte lo que te voy a decir... Porque yo creo con toda mi alma, Lily, que tú tienes que quererme a mí mucho más que a nadie en el mundo, porque..., no es que sea yo mejor o peor que Nadal, no; es que mis pocas virtudes, si alguna tengo, como mis defectos..., te van más, Lily, que los de Nadal...

LILY.- ¿Te parece a ti?

ALFONSO.- Sí, de verdad... Como él ha luchado por conquistarte en ausencia mía, tú has podido dejarte confundir por espejismos... Tú me has olvidado. Tú ya no te acuerdas bien de cómo soy yo...

LILY.- Oh, Alfonso, no es éste el momento, te lo aseguro.

ALFONSO.- No, no lo recuerdas... Y todo mi empeño es hacerte recordar cómo era, ¿comprendes? Y cuando lo haya logrado, decirte: Fíjate bien: soy mejor para ti que Nadal.

LILY.- Ya.

ALFONSO.- Eso estoy seguro de lograrlo si a Nadal no le ha sucedido nada, si vive... Pero si así no fuera...

LILY.- Cállate, te lo suplico; no seas agorero...

ALFONSO.- Yo tendría que luchar contra algo mucho peor que contra un hombre...

LILY.- ¡No te entiendo, Alfonso!...

ALFONSO.- Tendría que luchar contra un fantasma. Y a mí, luchar contra un hombre no me importa ni me infunde miedo, ¿comprendes? Pero luchar contra un fantasma...

LILY.- ¿Qué?

ALFONSO.- Ah, contra un hombre que aún no ha perdido nada en el roce de la convivencia diaria, de la poesía con que le aureola el corazón de la mujer, ése sería enemigo excesivo, Lily... Lo quiero vivo y fuerte, para desenmascararlo, para ridiculizarlo, para vencerlo. Quiero luchar contra sus músculos o contra su ingenio, no contra su recuerdo en niebla...

(Se oyen voces.)

POLICÍA.- ¡Ehhh! Pare, pare...

(Las voces vienen de bastante lejos.)

LILY.- Fíjate... Algo han visto. Hacen señas con los faroles...

ALFONSO.- ¡Ya paramos de nuevo!

LILY.- (Transida.) Alfonso... (Está a dos pasos de refugiarse en sus brazos.)

ALFONSO.- (Mira hacia arriba, como si rezase.) ¡Que viva, Santo Dios, que viva!

(Cae lentamente el...)

TELÓN

Acto III

La escena representa una habitación en la casa del matrimonio Junquera. Todo produce la sensación de que es una casa que no ha sido habitada desde hace mucho tiempo. Las sillas y los sillones están envueltos en fundas blancas. Los cuadros, en unas telas blancas también. Algunas fotografías de menor tamaño que penden bajo ellos han sido puestas de cara a la pared. Muy al fondo, el teléfono inevitable. A ambas laterales, puertas que comunican, la de la izquierda, con las habitaciones interiores, y la de la derecha, con la calle. Al foro, esquinado, un balcón. En el momento de comenzar

la acción, ALFONSO JUNQUERA y LILY penetran por la puerta de la derecha. ALFONSO trae una llave en la mano.

ALFONSO.- Cuando todos los meses íbamos a tomar combustible en el Japón, yo acariciaba esta llave y me decía: he aquí un trocito de metal que abre un piso delicioso en el corazón de Madrid.

LILY.- Así era.

ALFONSO.- Esta llave se hallaba en línea recta a una distancia de muchos miles de millas de su cerradura. De nada podía servirme allí. Sin embargo, creo que sería de lo último que me hubiera separado. Las llaves del hogar... Ahí es nada: el valor que tienen fuera de

él.

LILY.- Ya estás dentro de la casa: «Y ahora, ¿qué vas a hacer?».

ALFONSO.- Nada.

(Los dos visten el mismo traje de los actos anteriores. LILY lleva un abrigo ligero.)

Acariciarla con los ojos, recorrer todos los cuartos, tomar posesión de sus sillones...

LILY.- ¿Por qué no?

ALFONSO.- Pero antes preguntar, inquirir, informarme de tantas cosas... Primeramente: ¿Desde cuándo no habitas este piso?

LILY.- Desde unos meses después de tu muerte... Vamos, de tu naufragio.

ALFONSO.- ¿Qué hiciste entonces, le arrendaste?

LILY.- ¡No, qué indelicadeza!

ALFONSO.- Ah, te pareció indelicado...

LILY.- (Sorprendida.) Pues... sí.

ALFONSO.- ¡Qué curiosas sois las mujeres! Y el casarte de nuevo, eso no.

LILY.- ¡Ah!, son cosas tan distintas...

ALFONSO.- Bien. Entonces...

LILY.- Me fui con mamá. Mamá ya sabes que vivía en San Sebastián.

ALFONSO.- Sí.

LILY.- La casa permaneció cerrada. Yo giraba todos los meses su alquiler, eso era todo.

ALFONSO.- Hace, pues, que nadie viene aquí...

LILY.- Mucho tiempo, Alfonso...

(En este instante, el teléfono comienza a sonar. Es un timbre vivo y estridente.)

ALFONSO.- Y, sin embargo, voilà: el teléfono.

LILY.- ¡Cualquiera se daba de baja!

ALFONSO.- ¿Quién puede ser? ¿Una llamada equivocada?

LILY.- Tal vez.

ALFONSO.- En ese supuesto, no descolgarlo me parece natural.

LILY.- Claro es.

ALFONSO.- Por otra parte, si es alguien que se atreva a preguntar por ti y por mí antes que tú y yo hayamos podido preguntar el uno por el otro, es un indiscreto.

LILY.- Tienes razón.

ALFONSO.- Que suene, pues: y no pestañeemos.

LILY.- Tú mandas.

ALFONSO.- Solamente...

LILY.- ¿Qué...?

ALFONSO.- Que pudiera ser alguna llamada relativa a Nadal.

LILY.- Ah, también es cierto...

ALFONSO.- (Con cierto aire declaratorio.) Sólo en atención a él... (Va en derechura al teléfono. A punto de descolgarlo se contiene.) Claro que entonces...

LILY.- ¿Qué?

ALFONSO.- No soy yo, eres tú, quien debe dar razón de lo sucedido.

LILY.- Mira, es verdad. (Va ella, en efecto, al teléfono.)

Dígame... (A ALFONSO.) Sí, así es... (De nuevo a su interlocutor telefónico.) Pues... Ya sabes, mujer, lo que han dicho los periódicos. Unos maleantes que se subieron al tren. Fonsi, que era tan bravo (Tic de ALFONSO.) se lanzó como un jabato contra ellos, peleó con uno y se cayó a la vía... No, no, se mató del golpe. La mala suerte de dar con la piedra del kilómetro 326. Sí, vivió unas horas, muy pocas. Pobre.. En Medina del Campo, sí. Fíjate... (Reprochadora.) ¡Mujer! (Más tranquila.) Gracias..., gracias... Adiós. (Cuelga.) Vamos, la gente es de una manera que... Gabriela, la de los Arcos...

ALFONSO.- ¡Ah, ya!...

LILY.- Haciéndome frases.

ALFONSO.- ¿Pues?

LILY.- «Hija, no hay lugar bueno para quedarse en el sitio, pero si el sitio es además Medina del Campo...». ¡Vamos! ¿Qué te parece como pésame?

ALFONSO.- Sí, muy curioso... En fin, Lily: de lo que harás mal en quejarte es de tu suerte. Muero yo y te casas; muere tu segundo marido y aparezco yo. El movimiento continuo no sé si se inventará un día; el matrimonio continuo lo has descubierto tú.

LILY.- Sí; es muy divertido lo que a mí me pasa.

ALFONSO.- ¿No crees que debiéramos abrir esta ventana? Tal vez entre ya un poco de aire fresco. El calor aquí es insoportable.

LILY.- (Algo abstraída.) Como gustes.

ALFONSO.- (La abre.) Yo creo que, en efecto, ahora se respira mejor, (De paso da la vuelta a una de las fotografías. Están los dos en ella en traje de boda.) ¿Te acuerdas, Lily?

LILY.- Sí...

ALFONSO.- Tu traje blanco, de boda, tu azahar, mi chaquet...

LILY.- Debías ir siempre de chaquet. ¡Te sienta más bien...!

ALFONSO.- Sí, pero, como ya sabes, se lleva poco.

LILY.- Ah, eso sí, claro. (Pausa.)

ALFONSO.- (Vuelve otra fotografía.) ¡Ah!, ¿te acuerdas de aquel verano en la finca de los Menéndez? (Están los dos con un atavío

campestre.) ¿No eras dichosa entonces, Lily?

LILY.- Claro que sí, Alfonso. ¿Por qué no había de serlo...?

ALFONSO.- Es que...

LILY.- Si una mujer se casa por segunda vez es porque fue feliz la primera.

ALFONSO.- (Casi sin vocalizar.) ¿Tú crees...?

LILY.- Naturalmente.

ALFONSO.- Una mujer suele hallar con frecuencia para casarse por segunda vez razones muy variadas en las que apoyarse. Una, la de haber sido feliz; otra, la de haber sido desgraciada; una, la de no tener dinero; otra, la de tener mucho; una, la de no tener hijos; otra, la de tenerlos. La verdad es que el dolor nunca es eterno, y cuando uno naufraga de veras...

LILY.- Vaya, otra vez tus reflexiones...

ALFONSO.- Claro, claro... Ellas me llevan a una conclusión: a la de que la viuda joven y bonita casi siempre se casa. Es una regla general. Lo que ni hoy ni nunca comprenderé bien, es por qué te casaste con Nadal. Pienso en él, lo analizo, lo examino, con desapasionamiento: nada, sigo sin entenderlo. ¡Si tú y yo nos habíamos reído de él centenares de veces! Si le criticábamos hasta la manera de respirar. ¿Por qué no me cuentas Lily, cómo fue todo?

LILY.- ¡Alfonso...!

ALFONSO.- Sí, Lily, sí... Es una conversación que necesitamos tener. Y es mejor hoy que mañana. Yo estoy seguro de que si me hablas lealmente, yo comprenderé... Y comprender es casi perdonar...

LILY.- Pero Alfonso...

ALFONSO.- Anda, Lily... (Suasoriamente.) Desde el principio... Dime, ¿quién te dio la primera noticia?

LILY.- Pues él...

ALFONSO.- ¡Ah! Se enteró antes que nadie...

LILY.- No, es que... Me acuerdo: yo estaba sentada exactamente donde ahora...

(Ocupa el ángulo derecho de un sofá situado a la derecha de la escena.)

ALFONSO.- ¿Qué hacías?

LILY.- Vas a reírte... Punto. Quería regalarle un chaleco a mamá. Era el invierno tan crudo...

ALFONSO.- Y entonces...

LILY.- Apareció él. Yo oí sonar el timbre insistentemente...

(Suena un timbre, sordo, en efecto, con esas características.)

¿Quién será a estas horas?, me dije. Y llamé a Nati. «Nati, Nati...».

ALFONSO.- (Como si no recordara.) ¿Nati...?

LILY.- Vaya, a que ahora resulta que ni te acuerdas. Aquella chica de San Sebastián que devorabas con la mirada...

ALFONSO.- ¿Yo?
LILY.- Aquella que...

(NATI aparece por la lateral derecha. Es una criatura maravillosa, que incita, en efecto, a ser devorada con la mirada. Eso, por lo menos. Se detiene, sin hablar en el umbral de la puerta. Su uniforme es impecable: cofia, puños de batidor, delantalillo blanco...)1

NATI.- La señora dirá...
ALFONSO.- (Como si al parecer la recordara. Pero sin que la vea aparentemente.) Ah, sí... Sé quien dices.
LILY.- (A NATI.) ¿No oyes ese timbre?
NATI.- (Aparenta escuchar.) Voy en seguida, señora.

(Hace mutis.)

ALFONSO.- ¿Que yo la devoraba...? Vamos, vamos: cómo se exagera.
LILY.- Pues es cierto. Si yo estaba a dos pasos de despedirla cuando tú te marchaste, porque la mirabas de una manera que...
ALFONSO.- Bueno, es que tú... Pero en fin, no me hagas escenas de celos por su culpa. Y sígueme contando... ¿Quién era el que llamaba?
LILY.- Nadal.
ALFONSO.- ¡Ajá!

(Aparece NADAL en la lateral izquierda. Viene con abrigo y bufanda. Fuera, al parecer, hace un frío terrible.)

Y de sopetón...
LILY.- (A ALFONSO.) Sí, sí, de sopetón. (A NADAL.) ¿Qué hay, Nadal? ¿Qué le trae por aquí?
NADAL.- ¿Cómo se encuentra usted, Lily...? Nada, que pasaba por la calle y me he dicho: voy a ver qué es de mis amigos los Junquera y qué se sabe de Alfonso.
LILY.- Pues nada nuevo, Nadal. Le agradezco mucho ese detalle. Y le voy a decir una cosa. Quédese con el abrigo, porque no hay calefacción y esto está muy desahacible.
NADAL.- Da lo mismo, Lily...
LILY.- Siéntese, Nadal.

(NADAL se sienta.)

Dices tú que de sopetón... ¿A que no adivinas tú de qué empezó a hablarme?
ALFONSO.- ¡Qué se yo! Cualquiera acierta...
LILY.- ¡De la campaña submarina!
ALFONSO.- ¡Jesús!
NADAL.- (Con un cierto aire mecánico.) Los alemanes ahora dominan prácticamente toda Europa. Pero, ¿y el mar? El mar es de Inglaterra

y lo ha sido siempre. Sus acorazados, sus destructores, sus cruceros..., ¿sabe cuál es la única arma de Alemania frente a ellos? el submarino. Submarinos por aquí, submarinos por allá. Y al que le toque la china que se fastidie.

LILY.- Y usted, Nadal, ¿siempre tan ocupado, no...?

NADAL.- Sí, ahora acabo de terminar el Bar Sirena. ¡Tres años de trabajo!

LILY.- Y qué, ¿satisfecho?

NADAL.- Una obra maestra, Lily. No se puede imaginar. Todo a base de espejos y de bronces con unas arañas soberbias. Cuando se inaugure va a ser algo extraordinario... Pero lo que yo le decía, Lily, es que la campaña submarina...

LILY.- Como es natural (A ALFONSO.) al hablarle yo de sus cosas le distraía un poco de su misión, pero enseguida volvía a la carga...

NADAL.- ... va in crescendo. Seiscientas mil toneladas en octubre, ochocientas mil en noviembre y en este mes un millón... Más exactamente. (Como si se ruborizase.) Un millón veinte mil...

LILY.- (Risueña.) Ajá, qué bien informado está siempre el gran Nadal... ¿Qué importan veinte mil toneladas más o menos? Un millón: ¡ahí es nada!

ALFONSO.- ¿Pero tú no te dabas cuenta...?

LILY.- No, así de momento, no. Yo seguí haciendo punto y...

ALFONSO.- Pero hija mía, si saltaba a la vista... ¿A qué venía el hablar tanto de la campaña, submarina estando yo en alta mar?

NADAL.- Es que esas veinte mil toneladas de diferencia son de un barco español...

LILY.- (Inquietísima.) ¿Qué dice usted...?

NADAL.- No se preocupe... ¿En qué barco venía su marido...?

LILY.- En el «Estrella del Atlántico».

NADAL.- ¡Ah!, nada entonces. El que han torpeado es el «Estrulla del Atlántico».

LILY.- ¿Está usted seguro?

NADAL.- Sí, sí, seguro.

LILY.- ¡Qué peso me quita usted de encima!

(NADAL la mira sin saber a qué atenerse. La espía con la mirada. Su objetivo era el de ir dándole la noticia poco a poco. La actitud de LILY, sin embargo, le desconcierta. LILY simula de nuevo que pace punto.)

Y, vamos a ver, amigo Nadal: después del Bar Sirena, ¿qué le ilusionaría a usted...?

ALFONSO.- Pero, bueno, Lily: perdóname que te diga que no tienes dos dedos de frente. ¿Es que no advertías que...?

LILY.- ¡Calla, calla! Ya verás... Yo seguía hablando, pero de pronto sentí una punzada, allí, hacia dentro que... (A NADAL.)

Oiga usted. ¿Y qué significa «Estrella»?

NADAL.- (Con gesto vago.) No sé...

LILY.- Estrulla, estrulla...

NADAL.- Yo creo, la verdad, que no es palabra castellana.

LILY.- Eso pienso yo.

NADAL.- (Como quien no quiere la cosa.) A mí me parece que es una errata...

LILY.- Seguramente... (Muy regocijada.) Estos periódicos... Qué habrán querido decir «estrella» y han puesto «estrulla»; a lo mejor.

NADAL.- Sí, así debe de ser.

LILY.- (A carcajadas.) Claro, claro... «Estrella del Atlántico». Eso es.

NADAL.- (En un sombrío tono exploratorio, como desde el principio.) No hay duda posible.

LILY.- Pero entonces... (Un grito terrible.) ¡Ay! ¡Nadal!

NADAL.- Por Dios, Lily, cálmese.

LILY.- ¡Ayyy! ¡Pobre Alfonso!

(Surge NATI.)

NATI.- ¿Qué le pasa, señorita?

NADAL.- Busque un frasco de sales para la señora... Ande, deprisa...

(Y pace mutis detrás de NATI. Larga pausa. ALFONSO y LILY se miran lentamente.)

ALFONSO.- ¿Qué día fue ese?

LILY.- Ahí lo tienes...

(Le señala un retrato con un marco con pie que está sobre una pequeña consola. ALFONSO lo desenfunda. Es un retrato suyo. En uno de los ángulos hay una cinta negra; en el opuesto, otro con bandera española.)

ALFONSO.- (Lee.) Ocho de enero de 1942... Bien, mujer, bien. Y esto, ¿para qué era? (Señala un pequeño cachivache híbrido de maceta y búcaro que está al pie de su retrato.)

LILY.- Para flores...

ALFONSO.- ¡Ajá! Me ponías flores.

LILY.- Claro, Alfonso, siemprevivas.

ALFONSO.- Y luto. ¿Me guardaste luto...?

LILY.- Por Dios, Alfonso, hay cosas que ni se preguntan.

(Se levanta y hace mutis llena de premura y un tanto ofendida por la lateral izquierda. Habla desde dentro.)

Te guardé luto y muy riguroso, no un luto así como así. Para que veas que te digo la verdad, y que no te exagero nada, Alfonso, fíjate...

(Surge de nuevo con dos o tres vestidos negros en sus correspondientes colgadores.)

Por cierto, éste me quedaba monísimo. Con su sombrero...

(Va hacia dentro y vuelve con un sombrero al que va cosido el clásico manto de los lutos de veinte años atrás.)

Me caía así... con mucha gracia...

ALFONSO.- Ah, me llevaste manto.

LILY.- Pues naturalmente, Alfonso.

ALFONSO.- (Tajante.) Bien. ¿Y Nadal?

LILY.- (Muy ponderativa.) ¡Alfonso...! ¡Tú no tienes idea de cómo se portó ese hombre! ¡Qué solicitud! ¡Qué amabilidad! No se perdió ni una misa ni un sufragio por ti.

ALFONSO.- (Levemente.) ¿Muchos...?

LILY.- Ya lo creo, yo encargué muchos y mamá, cuando se acabaron los míos, casi el doble.

ALFONSO.- (Sorprendido.) ¿Tu madre?

LILY.- Sí, sí, Alfonso, si te tenía en gran estima.

ALFONSO.- Pues no lo entiendo... ¡Qué sorpresas! Ah, pero... Dices que Nadal iba a todos.

LILY.- Sin faltar uno, Alfonso.

ALFONSO.- (Entre dientes.) ¡La vieja Celestina...!

LILY.- ¿Qué?

ALFONSO.- Nada, nada. Total, que un día Fonsi te escribió unos versos.

LILY.- ¿Quién te lo ha dicho?

ALFONSO.- Me lo supongo. Hacía aleluyas, muy malas y muy cursilotas siempre, desde niño. ¿Cómo eran esos versos?

LILY.- Huy, ni me acuerdo, Alfonso.

ALFONSO.- No me mientas.

LILY.- Que no lo sé, Alfonso.

ALFONSO.- Sí lo sabes, me consta.

LILY.- ¡Que no, vaya!

ALFONSO.- ¡Que sí, Lily!

NADAL.-

(Desde dentro, con aire de recitado.)

La dulce mano que la mía abriga
y soledad y frío la enajena,
dame su amable protección de amiga
oh, mi bella Lily: oh, mi hada buena.

ALFONSO.- ¡Lily! ¡Lily!

LILY.- (Finge querer recordarlos.) Sí olvidé como eran,
Alfonso...

ALFONSO.- Te conozco perfectamente. Estoy seguro de que te los

aprendiste de memoria.

LILY.- Pues no señor, caramba.

ALFONSO.- ¡Lily!, ¡Lily!

NADAL.-

(Desde dentro.)

Ábreme, pues, tu pecho francamente
y sepa qué pensar, pues a ti acudo
y acábese este infierno intermitente
en que peno, en que lloro y en que dudo.

ALFONSO.- ¡Lily!

LILY.- ¡Vaya, que no, que no me acuerdo! (Casi gimoteando.)

ALFONSO.- Bueno: es lo mismo. Para oír unos versos ripiosos...

LILY.- (Con cierto orgullo.) Pues no eran ripiosos y bien
escritos que estaban.

ALFONSO.- ¿Te gustaba como poeta? Ahí tienes: comienzo a vislumbrar
una explicación.

LILY.- ¡Te equivocas! ¡Qué me importaba eso a mí! Bueno, me
ilusionaba, sí, que me escribiera poesías... pero, vamos, eso no era
todo.

ALFONSO.- ¿Qué, entonces...?

LILY.- Alfonso: tú no te das cuenta de que me hacían objeto de
muchas presiones, y de que me influían para que yo me casara de
nuevo, porque decían que era una mujer joven y expuesta a mil
peligros...

ALFONSO.- ¿Quién te decía eso...?

LILY.- (Trabajosamente.) Pues.... mamá...

(Al pronunciar esta palabra MAMÁ aparece en escena.)

ALFONSO.- (Exasperado.) No me hables de ella.

(MAMÁ hace mutis, andando hacia atrás.)

LILY.- Pero, Alfonso, es menester que sepas cómo sucedió todo, y
que mamá...

(MAMÁ entra en escena.)

ALFONSO.- Te prohíbo terminantemente que la nombres siquiera.

(Mutis de MAMÁ igual que el anterior.)

LILY.- (Decidida.) Pues, aunque te opongas has de oírme. Mamá...

(Reaparición de MAMÁ ahora ya en firme. LILY se pasea de un lado a otro mientras habla. ALFONSO se ha vuelto de espaldas como si quisiera desentenderse de todo. MAMÁ se sienta en el ángulo derecho del sofá.) que aunque tú la odiases, era una santa, me decía siempre que...

MAMÁ.- Date cuenta, hija mía, de que la vida sigue y de que a ti por ley natural, te quedan aún muchos años... Luego, una mujer sola nunca está bien: hay mil conquistadores de oficio y, ¡qué demonio! ¡por qué ocultarlo!, muchas tentaciones.

LILY.- Sí, mamá.

MAMÁ.- Yo no te aconsejo que hoy ni mañana, pero, en fin, deja pasar...

LILY.- Unos meses...

MAMÁ.- (Simultáneamente con LILY.) ... unas semanas...

ALFONSO.- ¡Unos meses! Mira qué delicada. No la reconozco. Ya te hablaría de semanas.

LILY.- No, Alfonso, de meses.

ALFONSO.- ¡Hum...! Juraría que no dices verdad.

MAMÁ.- ... y busca un hombre como es debido.

LILY.- ¡Mamá, por Dios!

MAMÁ.- ¿Qué crees que haría él en tu caso? En vida ahí le tenías chicoleando a Nati por los pasillos.

ALFONSO.- (Indignado.) Calumnia miserable. (Se dirige a su mujer.)

LILY.- Tan cierto es como el sol. ¡Si mi madre me lo contó, todo...!

MAMÁ.- «¿Qué me dicen esos ojitos retrecheros?».

ALFONSO.- (Despreciativo. A LILY.) ¡Ése es un piropo que no me va...!

MAMÁ.- «¿Adónde llevan esos piecitos tan monos?».

ALFONSO.- (Siempre a LILY.) ¡No es mi estilo!

MAMÁ.- «En esos hoyitos de la cara me han encerrado la voluntad.»

ALFONSO.- (Parece que va a partirse de risa.) ¡Qué estupidez!

MAMÁ.- Fíjate si tú hubieras faltado... Conque, ya te digo, déjate de bobaditas y ponle buena cara a Nadal que está por ti que bebe los vientos.

ALFONSO.- ¿Y era verdad eso?

LILY.- ¡Huy, pues claro que sí!... Todos los días el teléfono...

(El teléfono, pero con timbre sordo, suena.)

¿Qué hay Nadal? Lo de siempre, con mis penas. ¿Salir? No, es muy poco probable que salga hoy.

MAMÁ.- (Acuciadoramente.) Dile que irás a casa de tía Elvira por la noche.

LILY.- Quizá vaya a casa de tía Elvira... Adiós.

ALFONSO.- Tu madre, claro, te azuzaría para que le vieras, ¿no?

LILY.- (Muy digna.) Alfonso: tú has tenido siempre una idea equivocada de mi madre.

ALFONSO.- Sí, Sí...

LILY.- Lo que sucede es que cuando no era el teléfono, Alfonso,

eran las flores...

(NATI aparece por la puerta de la derecha y le entrega un ramo de flores. Toda la acción de NATI se desenvuelve rapidísimamente, sin pausa casi.)

Y cuando no eran las flores, eran los bombones...

(NATI la da unos bombones.)

Y cuando no eran los bombones, eran mil chucherías... Una muñeca...

(NATI le pasa una muñeca.)

Un libro... Una figurilla de terracota.

(NATI le sirve puntualmente todos esos diversos objetos.)

ALFONSO.- Naturalmente, siempre a base de barato.

LILY.- (Sorprendida.) Pues, sí. Pero en fin, no hay que mirar el precio de las cosas, sino la intención... Un día... (De pronto, como si recordara, se echa a reír. Al principio levemente. Muy pronto con toda su fuerza. ALFONSO no atina a frenarla.)

ALFONSO.- ¿Que te sucede? ¿De qué te ríes tanto?

LILY.- No, no, es que... (Nuevas carcajadas.)

ALFONSO.- Rompe de una vez. ¿Qué fue lo que te sucedió?

NATI.- (Sigilosamente.) Señorita: está el señor Nadal, que pregunta por usted. Viene vestido de un modo raro.

MAMÁ.- (Cómplicemente.) Me marchó, hijita.

(Hace mutis por la lateral derecha.)

ALFONSO.- Bien. ¿Y qué?

LILY.- (Arrepentida.) No, Alfonso, no te lo cuento...

ALFONSO.- ¿Por qué no?

LILY.- Porque no me parece bien.

ALFONSO.- ¿Y entonces, por qué has empezado...?

LILY.- No sé por qué...

(Aparece NADAL en el umbral de la puerta. Trae un uniforme fantástico, a base de cuello de pajarita, bicornio con plumas azules, bocamangas con dorados: todo ello, un tanto arbitrario. NADAL lo lleva desmañadamente. NADAL se queda inmóvil, como de muestra. No pronuncia una sola palabra. La inmovilidad, una inmovilidad de estatua, le ha sorprendido en el primer tiempo de un ademán de saludo.)

ALFONSO.- Pues ya que comenzaste, concluye.
LILY.- No, Alfonso, no es bonito que yo cuente nada que le deje a él en ridículo.
ALFONSO.- Ah, ¿se puso en ridículo...?
LILY.- No sé..., no quiso lucirse ante mí, deslumbrarme un poco...
ALFONSO.- Vaya...
LILY.- Y eso, hasta cierto punto es conmovedor. O al menos, merece mi respeto.
ALFONSO.- Y a estas alturas, ¿qué te puede importar contármelo?
LILY.- Me haría mal efecto. (Sin embargo, le acomete la risa, aunque bien a su pesar. Diríase que se avergüenza de verse asaltada por ella.)
ALFONSO.- Es una lástima que no podamos reírnos todos...
LILY.- ¡Jesús, qué crueldad la mía! No sé a santo de qué me vino a la imaginación la idea de contarte nada...
ALFONSO.- Bueno, mujer, está bien.
LILY.- Hale, a pensar en otra cosa.

(Se pasa la mano por la frente. En precisa sincronización con ese gesto, NADAL da un paso atrás, y, sin palabras, hace mutis. LILY, con cierta indolencia, vuelve otra de las fotografías. Sobre un fondo de mar, ella y ALFONSO aparecen cogidos del brazo.)

Mira, la Costa Brava...

ALFONSO.- (Con cierta melancolía.) ¡Tiempos felices, Lily!
LILY.- Sí, es verdad.
ALFONSO.- Y que tú me hayas sustituido...
LILY.- Aún está por nacer aquel hombre que al verse desplazado por otro reconozca que quien le sustituye vale más que él.
ALFONSO.- Tampoco ha nacido todavía la mujer capaz de admitir que el hombre encuentre la felicidad más fácilmente con otra que con ella.
LILY.- ¡Quién sabe...!

(Hay un brevísimo silencio. Suena un timbre, pero un timbre, por así decirlo, vivo, que diferirá de todos los que sonaron hasta ahora, salvo el de la primera llamada telefónica.)

ALFONSO.- ¿Llamaron? Es en la puerta, ¿no?
LILY.- Sí, pero la han abierto. ¿Quién puede ser?
ALFONSO.- (En voz alta.) ¿Quién es?
NATI.- (Desde dentro.) ¡Huy, qué alegría...! Si es de verdad el señorito...
ALFONSO.- (Indeciso.) Esa voz...
LILY.- Me parece que es Nati.

(Surge en la lateral. Se ha arrancado la cofia, los puños de batidor, el delantal. Lleva un pequeño sombrerito en la mano y un

abrigo de primavera. Ahora es NATI, no evocada y fantasmal como antes, sino viva de verdad.)

NATI.- Señoritos, ¡qué alegría el verles!... Imagínese que pasaba por la portería y me llamó el señor Andrés para darme la noticia. «Nati, que el señorito está vivo y acaba de llegar a su casa...». «¿Pero qué me dice?». «Nada, nada, lo que oye...». Y él mismo me ha abierto casi sin dejarme que llamara... Pero señorito, qué alegría verle. Y de qué buen color le encuentro. ¡Se ve que le ha dado el aire del mar!

ALFONSO.- (Complacido.) Sí, de eso me ha dado bastante...

NATI.- (A LILY.) Y usted, señorita...

(A LILY le ha hecho poca gracia la aparición de NATI y espía celosamente las miradas y las palabras de su marido y de ella.)

Está muy guapa, también. Bueno, la señorita siempre lo ha sido.

LILY.- Muchas gracias, mujer.

ALFONSO.- ¿Qué hace usted ahora, Nati?

NATI.- Huy, señorito. Me pasé a la manicura cuando les dejé a ustedes va para tres años. Y me ha ido muy bien, gracias a Dios.

ALFONSO.- ¿Y ninguno a los que les arreglas las manos te ha pedido la tuya...?

NATI.- (Se echa a reír con una gran alegría.) ¡Qué gracioso es el señorito...!

LILY.- (Visiblemente molesta.) ¡Sí, muy gracioso!

ALFONSO.- Estoy seguro de que tendrás, como siempre, tres o cuatro al retortero.

LILY.- Y tú, ¿cómo sabes que los tiene?

ALFONSO.- Mujer, con ese palmito, es natural suponerlo. Dinos, Nati, ¿qué hay de tus conquistas...?

NATI.- (Con rubor muy cómico.) Que si no pidieran más que la mano...

ALFONSO.- Contra el vicio de pedir, hay la virtud de no dar.

NATI.- (Como si aludiera a antiguos piropos.) Pero como una tiene los ojitos retrecheros.

(ALFONSO casi da un salto, LILY la fulmina con la mirada.)

Y unos hoyitos que encierran las voluntades...

LILY.- (Tajante.) Bueno, Nati: te hemos agradecido muchísimo la visita, pero has de perdonarnos, tenemos que arreglar algunas cosas y...

NATI.- (Sorprendida.) Bueno, bueno, señorita...

(LILY materialmente la empuja hacia la lateral derecha.)

Pues, adiós, señorito, y que me he llevado un alegrón...

ALFONSO.- (Muy risueño.) Gracias, mujer. (Cuando ya ha hecho mutis, da un grito.) ¡Nati!

(Vuelve a escena. A LILY, sorprendida, se la ve detrás de ella.)

NATI.- ¿Qué le pasa?

ALFONSO.- Tú tienes que acordarte, Nati. ¿De qué vino vestido un día el señor Nadal...?

NATI.- (Se queda suspensa unos momentos. La pregunta le ha sorprendido, Pero casi instantáneamente reacciona y estalla en una enorme carcajada.) Ah, sí... ¡Qué gracioso!... ¡De mamarracho, señorito!

ALFONSO.- Pero, ¿qué clase de mamarracho...?

LILY.- (Tira de ella sin permitirle que replique. NATI hace mutis arrastrada por LILY.) Tú te callas, Nati.

(Y se van las dos.)

ALFONSO.- (Para sí.) ¿De qué demonios se habría vestido este hombre...? ¿Se habría puesto algún uniforme extraño...? O sería en Carnavales... Claro, eso deja un margen enorme para la imaginación. La verdad, juro que me tiene intrigado...

LILY.- (Regresa a tiempo de oír las últimas palabras de ALFONSO.) ¡Qué cosas tan pequeñas te intrigan!

ALFONSO.- No, en realidad, me intriga sólo una.

LILY.- ¿Cuál?

ALFONSO.- La de siempre: saber si le quisiste y si fue así, ¿por qué?

(La escena se apaga repentinamente. Cuando se enciende, luz de noche, NADAL, con una chaquetilla veraniega está sentado en la parte derecha del sofá. En lejanía se oye un gramófono de la vecindad tocando «El manisero». Por el balcón de la izquierda penetra a torrentes el resplandor de la luna. LILY no habla, pero se la ve describir con amplios ademanes la escena. Al cabo de unos segundos, resume:)

LILY.- Fue en junio, a últimos...

ALFONSO.- Ah, todo eso que me cuentas es absurdo. Lily, es pura escenografía. A oscuras, por un apagón de luz eléctrica. Seguro estoy de que después te enteraste de que tu madre había fundido los plomos.

LILY.- (Trascendentalmente.) ¿Cómo lo sabes?

ALFONSO.- ¿Ves, la muy arpía?

LILY.- ¡Alfonso...!

ALFONSO.- Y para completar los encantos de esa noche, la luna filtrándose a través de este balcón y como fondo musical «El manisero». Lily, por los clavos de Cristo... -Cómprame un cucuruchito de manís.- Y sin poderse resistir a ese embrujamiento,

mi mujer, mi viuda, cae en brazos de otro hombre... Vamos, Lily...
Aún si te hubiera empujado a sucumbir Beethoven...

LILY.- Qué tonto eres, Alfonso... Pero, si no me dejas contarte las cosas...

ALFONSO.- Sí, sí..., cuenta lo que quieras.

LILY.- (Tras una pausa.) Yo al principio, estaba muy lejos de todo, Alfonso, y no le entendía nada de lo que decía.

NADAL.- Nabononoro, nabononoro, nabononoro...

ALFONSO.- ¿Pero de qué te hablaba...?

LILY.- No sé, te lo juro, Alfonso.... Yo sólo le oía mi nombre de vez en cuando. Y nada más.

NADAL.- Nabononoro, Lily, nabononoro, nabononoro, risca, risca nabononoro.

LILY.- Era como un moscardón, pero que debía de decirme cosas muy sentimentales a juzgar por el tono de voz... Yo miraba a la luna, Alfonso.

NADAL.- (Apasionadamente.) Nobononoro, Lily, yo te lo juro, nabononoro márida nabononoro risca, risca nabononoro...

LILY.- ¡Esa música! Nadal... Casi no le entiendo... Qué risca.

NADAL.- (Exactamente en el mismo tono que antes.) Lily: yo la adoro a usted, es usted mi mujer ideal; si usted quisiera, la vida podría ser mucho más fácil para los dos. Le juro a usted que yo la nabonodoro, la nabonodoro, sí, de qué manera... (Le coge la mano.)

LILY.- ¡Alfonso, me había cogido de la mano...!

ALFONSO.- ¡Qué escenita...!

LILY.- Te aseguro, Alfonso, que yo, a pesar de los pesares, estaba decidida a decirle que no, ¿comprendes?

ALFONSO.- ¿Y por qué cambiaste de opinión...?

LILY.- Pues no sé. Alfonso: te lo aseguro. Él, de pronto, se calmó y se puso a hablar más serenamente...

ALFONSO.- ¿De qué hablaba...?

LILY.- ¡Qué sé yo! De mil cosas distintas...

NADAL.- Gracias a Dios, mis asuntos me van muy bien. Tengo el encargo de seis bares más para provincias.

LILY.- (Con una cortés frialdad.) Me alegro mucho, Nadal...

NADAL.- Mi hermana Maruja la vio la otra mañana. Me estuvo gastando bromas todo el día: «¿Quién era esa muchacha tan guapa con la que ibas...?».

LILY.- Maruja...

NADAL.- Mi ideal sería constituir un hogar al que llevar una reinecita que lo llenara todo con su encanto...

LILY.- Qué bueno es usted, Nadal...

NADAL.- ¡Ah! Y, además, se me olvidaba ¿Sabe usted que me han encargado el proyecto del nuevo Banco de España en Tánger?

LILY.- ¡En Tánger! (Con vivísimo interés.) ¿Sí?...

NADAL.- Hoy mismo ha sido. Claro que eso me obligará a vivir en Tánger un par de meses.

LILY.- (Con mayor interés aún.) ¿Es posible?

NADAL.- Naturalmente que a mí me gustaría ir allí acompañado.

Tánger, con usted, me parecería un paraíso. Sin usted, un

destierro... Y se trata, sin embargo, de una ciudad llena de encanto...

LILY.- (Enardecida.) Creo que tiene un barrio moro...

NADAL.-

Oh, el barrio moro es una delicia. Yo he hecho unos versos a Tánger inspirados precisamente en el barrio moro, qué dicen así:

«Oh, barrio moro, recinto abigarrado.

La calle en sombras bajo el entoldado...».

LILY.- ¡Que bonitos!...

ALFONSO.- (Da un grito enorme.) ¡Basta!

LILY.- ¡Alfonso!

ALFONSO.- ¡Basta he dicho!

(La escena ha vuelto a su luz natural de día. Ha cesado la música, se ha esfumado la luna y con ella, NADAL. LILY mira extrañada a su marido.)

LILY.- ¿Qué te sucede?

ALFONSO.- Acabo de comprenderlo todo. Mi análisis está completo. No necesito de nada más. Ya sé por qué te casaste con Nadal.

LILY.- ¿Por qué?

ALFONSO.- Por ver Tánger.

LILY.- ¡Alfonso!

(Al principio parece reprocharle que atribuya a ese motivo su decisión, pero cuando ALFONSO le explica en qué la fundamenta irá dándole poco a poco, con su ademán y su gesto, la razón.)

ALFONSO.- ¿Qué vas a contestarme?... «¿Crees que por tan poca cosa?...». Pues sí, Lily; aunque te sorprenda. La vida está llena de episodios así. ¿O es que crees que las grandes decisiones se toman siempre por grandes causas?

LILY.- No, pero...

ALFONSO.- (Batalladoramente.) De ninguna manera... Porque una mujer quiere ver cómo es un piso de soltero acaba siendo amante de su dueño; porque de niños nos gusta embarcarnos en el estanque del Retiro, ingresamos en la Escuela de San Fernando; porque queremos hacer cien a la hora nos descrismamos en la primera curva; porque se nos ha mirado impertinentemente nos jugamos la puñalada del matón; porque dos estadistas se caen antipáticos arman una guerra de no te menees.

LILY.- ¡Alfonso!...

ALFONSO.- Y tú, tú, porque te hacía ilusión ir a Tánger, ¡te casaste con Nadal!

LILY.- ¿Es así, de verdad, Alfonso?

ALFONSO.- No me cabe duda ninguna. ¿O es que no te ilusionaba enormemente, Lily?

LILY.- Sí, ilusionarme, sí; eso es cierto...

ALFONSO.- Pues entonces... Ya, ya sé que las mujeres guardáis siempre muy escondidos todos aquellos caprichos que no habéis saboreado por una razón o por otra.

LILY.- No sé qué quieres decir con eso...

ALFONSO.- Pues que cuando el que estuvo en condiciones de dároslos y no os los dio desaparece, se os antoja enseguida que estáis autorizadas para preñaros de quien os lo sirve en bandeja de plata.

LILY.- (Sin convicción.) ¡Qué injusto eres, Alfonso!...

ALFONSO.- Yo no sé qué nuevos o qué viejos caprichos te andan por el corazón, y me temo que sean más de uno y de dos y de tres. Acaso un coche descapotable, acaso un piso con terraza, acaso un «clip» de brillantes... ¡Cualquiera adivina!

LILY.- ¡Alfonso!

ALFONSO.- Si yo, como un Frégoli, desapareciera de nuevo y al volver, un par de años más tarde, te encontrara casada, me enteraría de que había sido para conseguir cualquiera de esos objetivos.

LILY.- (Mimosa.) Muy tonta me crees...

ALFONSO.- Lily: las cosas claras. Tú no has descubierto la pólvora.

LILY.- Sí, ya te lo he oído mil veces.

ALFONSO.- Lo cual no tiene nada que ver con el hecho de que yo te encuentre encantadora, y de que no sepa vivir sin ti y de que la idea de perderte me parezca horrible.

LILY.- (Halagada.) ¿Es cierto, Alfonso?

ALFONSO.- Como que ahora es de día.

LILY.- ¡Cuánto me gusta que me lo digas!

ALFONSO.- Y como yo no quiero exponerme a nada de eso, y por si mañana o pasado la vida me escamotea, o en broma, como hace dos años, o seriamente, y de una manera definitiva; esto es, por si me muero; voy a quitarte una razón, al menos, para que te cases por tercera vez.

LILY.- (Con una cierta inquietud.) ¿Qué vas a hacer, Alfonso?

ALFONSO.- (Mientras hojea vertiginosamente la Guía de Teléfonos.) Nada, nada que haya de preocuparte.

LILY.- ¡Dímelo, Alfonso!...

ALFONSO.- ¡Ajajá! Ya está. (Marca un número.) Óigame, Óigame... ¿Viajes Marsans? Perfectamente. Haga el favor de reservar un departamento de dos camas para el expreso de Algeciras de mañana, y unas habitaciones en el Minzah, de Tánger. A nombre de don Alfonso Junquera... Muy bien, gracias.

LILY.- (Enajenada.) ¡Fonsi!

ALFONSO.- (Mientras cuelga el aparato: dignísimo.) ¡Fonsi, no! ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! ¡Alfonso, Lily, Alfonso!

LILY.- (Le mira llena de ternura.) Alfonso.

(Y se abraza, mientras rápidamente cae el...)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

